

TIPOS HOLANDESES

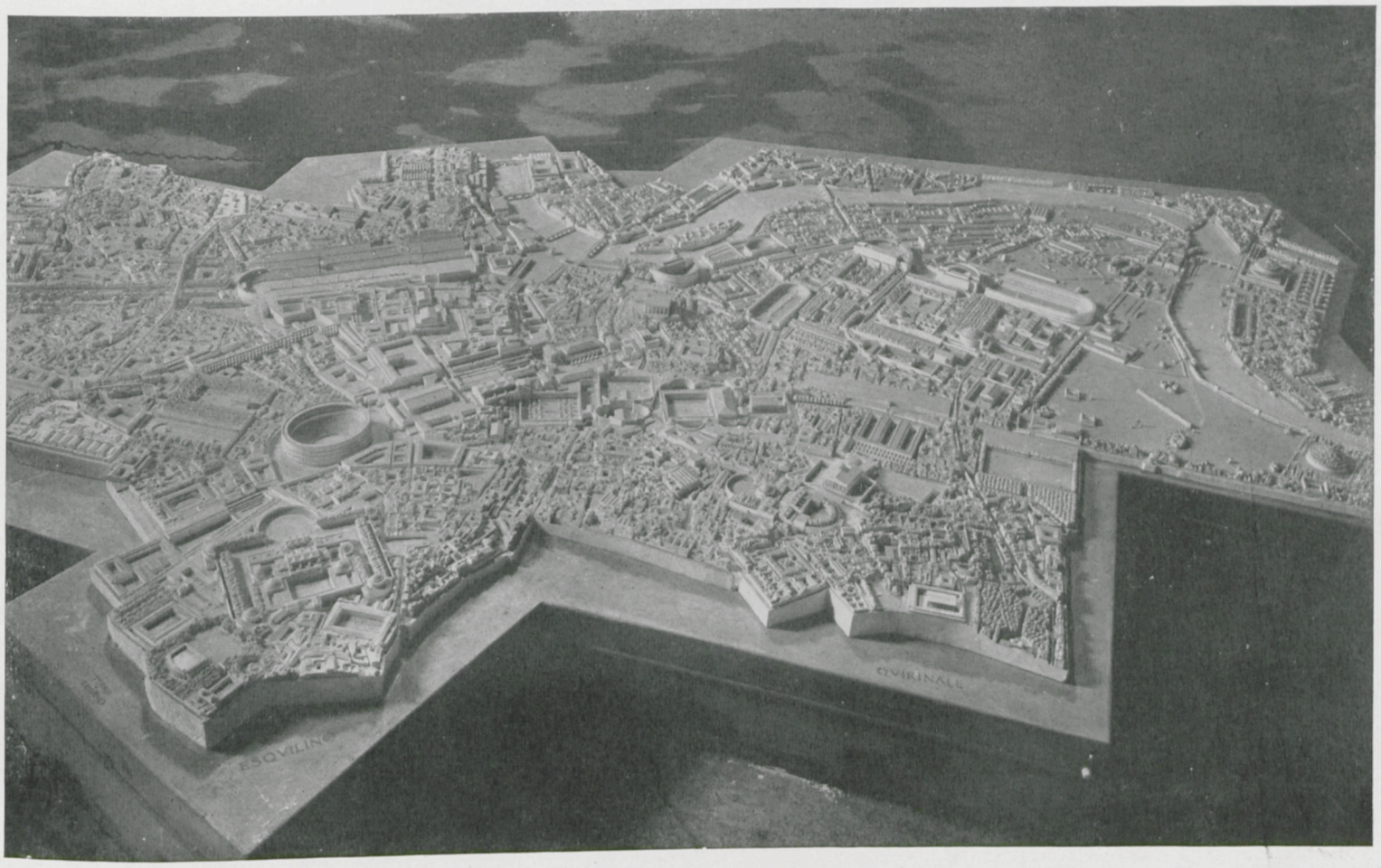
OLEO DE MANUEL BENEDITO

PROPIEDAD DEL DOCTOR SALVADOR FORNIELES



Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preußischer Kulturbesitz
ZA 2000/1468

LA ROMA IMPERIAL



GRACIAS A UN SABIO ARQUITECTO, LOS ENAMORADOS DE LA CIUDAD ETERNA PUEDEN CONTEMPLAR A VISTA DE PÁJARO LA "MAQUETTE" QUE REPRODUCE FIELMENTE Y EN TODA SU PROVERBIAL GRANDEZA EL PANORAMA DE LA ROMA DE LOS CÉSARES, DOMINADORA DEL MUNDO.

MAPLE

MUEBLES Y DECORACIONES



COMEDOR ESTILO «ELIZABETHAN» CON SU CARACTERISTICO CIELO-RASO, FRISO DE TAPESTRY Y PAREDES REVESTIDAS DE ROBLE. — UNO DE LOS VARIOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

658, SUIPACHA



Libre a su automóvil del carbón de la manera más fácil — por el tubo de escape

Los depósitos de carbón pueden ser removidos facilmente y con seguridad usando el Desprendedor Johnson para Carbón. No tendrá que dejar de usar su automóvil una vez que ponga en práctica tan satisfactorio método. Después de aplicarlo una sola vez la marcha de su automóvil será igual como en su recorrido de los primeros 500 kilómetros, y asegurará el máximum en fuerza y velocidad con el mínimum de combustible.

DESPRENDEDOR DE CARBON JOHNSON'S

Es un líquido inofensivo que se pone dentro de los cilindros. No contiene ácidos que afecten la lubricación o interfieran con el aceite en la caja de arranque. Se usa dondequiera.

El Desprendedor Johnson para Carbón evita 80% de las dificultades del motor. Aumenta la fuerza, mejora la aceleración, asiléncia su automóvil, protege las baterías, disminuye el costo de reparaciones y reduce el consumo de gasolina y aceite.

No se requieren conocimientos de mecánica para aplicar el Desprendedor Johnson para Carbón. Ud. mismo puede obtener resultados satisfactorios en cinco minutos. Compre hoy mismo una lata de Desprendedor Johnson para Carbón, y adopte el sistema más fácil.

YANKEE SPECIALTIES AGENCY

RIVADAVIA, 1255 - Buenos Aires

EN VENTA: Gath & Chaves; Cassels & Cía., Maipú 271; Ferretería Francesa, Rivadavia y C. Pellegrini; Moore & Tudor, Moreno 750; Alfredo Caches, Cangallo 853.

S. C. JOHNSON & SON. — Racine, Wis., E. U. A.

CARPENTIER DE CACERIA



En sus ratos de ocio, es decir, cuando no anda dedicado a la enojosa tarea de propinar trompis, el campeón se dedica a la caza. Provisto de una escopeta de dos cañones corre sobre la nieve, con el fin de poner knock out a perdices y conejos. Esas largas caminatas redundan en beneficio del simpático boxeador cuyas piernas y pulmones toman más resistencia.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION
EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3.—m/n
Semestre	(6 »)	» 6.— »
Año	(12 »)	» 11.— »
Número suelto		» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



BREVIARIO

DE MODAS

EL ENCANTO DEL HOGAR LO CONS
TITUYE EL CONFORT, LA ELEGANCIA
Y EL GUSTO. ✻✻ OBJETOS BELLOS,
ARTÍSTICOS Y DE BUEN TONO, SE
OBTIENEN EN GATH & CHAVES

THE SOUTH
AMERICAN
STORES

GATH & CHAVES
LTD.
BUENOS AIRES,
LONDRES, PARIS

Serie
VEINTE



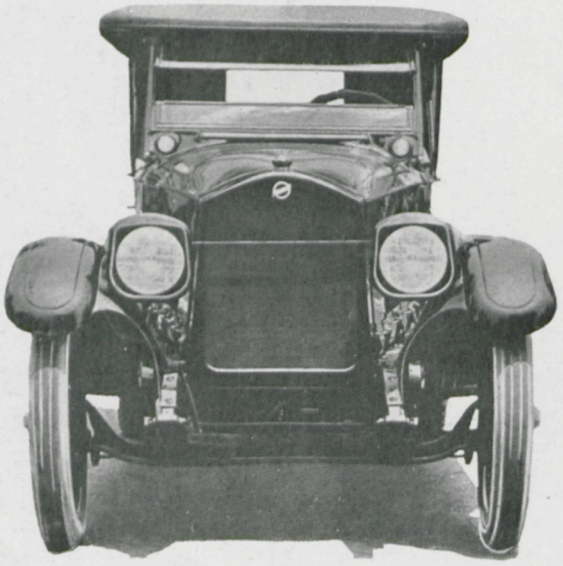
Studebaker

Serie
VEINTE

Seis "Especial"

Antes: el Seis "Liviano"

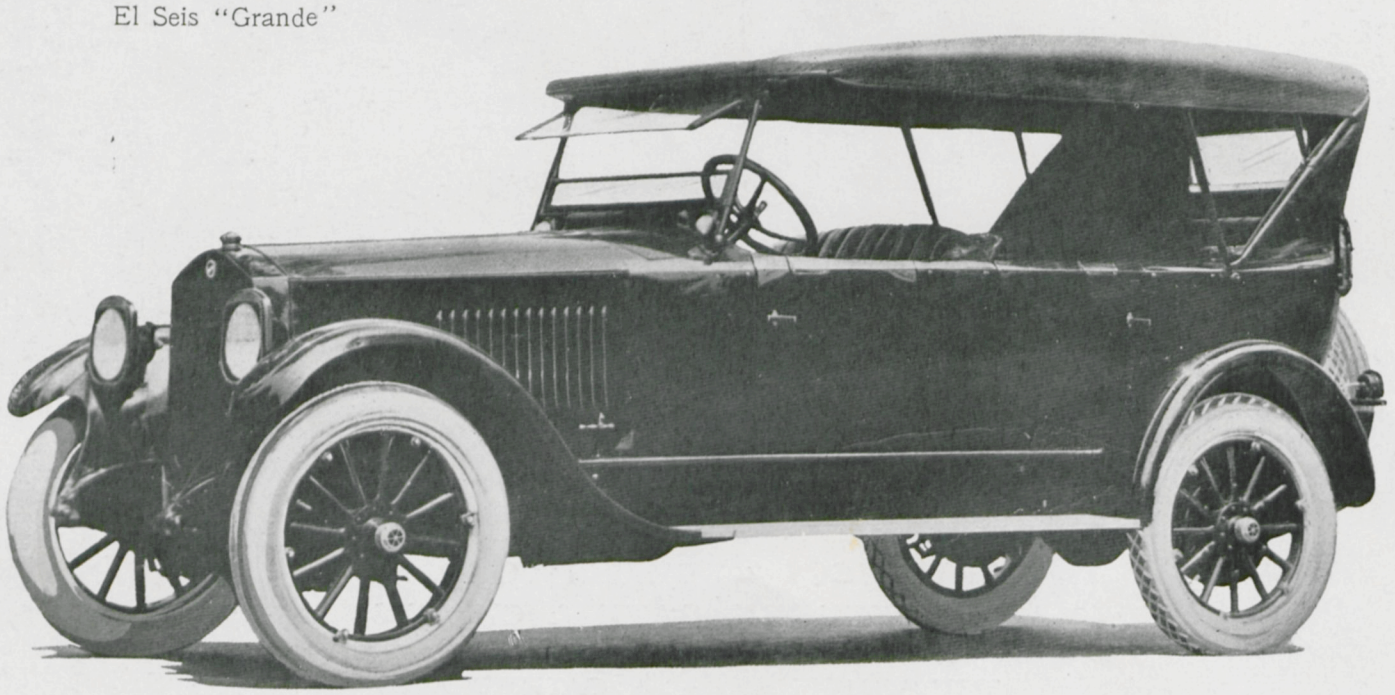
Viene ahora equipado con NEUMATICOS "CORD". Se le ha agregado en el tonneau el mismo aparato extensible para luz eléctrica del Seis «Grande» de la Serie 19. Lleva faroles a los costados en la base del para-brisas. Manijas exteriores en las puertas. Con el mismo chassis y, naturalmente, con el mismo motor, pero con cabeza del motor desmontable como en el Seis «Grande». Realmente es un coche que no tiene competidores.



El Seis "Grande"

Seis "Grande"

Entra a su tercer año sin ningún cambio mecánico. Esto prueba su excelencia. Sin embargo, el radiador es más alto y presenta un frente chato que produce el efecto de la línea recta, haciendo más bello aún este coche tan hermoso. Para-brisas nuevo, más sólido, con ventilador y dos farolitos colocados en la base. La capota lleva un gran vidrio de cristal en vez de dos pequeños. NEUMATICOS "CORD". Es un coche que le dará orgullo poseerlo.



Av. de Mayo. 1235 - The Studebaker Corporation of America - Buenos Aires

AÑO V.
NÚM. 45.

Plus Ultra

ENERO
DE 1920.



Tortola Valencia

OLEO DE
ANSELMO MIGUEL NIETO

PROPIEDAD de Don CARLOS REYLES.

MIENTRAS LA ALEGRÍA

por EDUARDO ZAMACOIS





RIELA LA LUNA DE ANDAR

EL: cuarenta años aproximadamente. «Hombre de mundo», buena figura, alto, un poco triste. Canas prematuras. Su rostro, afeitado, expresa bondad y cansancio; es una doble expresión muy frecuente, ya que, por desgracia, la bondad es generalmente una fatiga del ánimo. Traje o guantes grises. Polainas blancas. En la solapa un clavel rojo, trágico.

IDA: casada, veintiocho años. Lindo talle. Rubia. Tiene unos labios de ironía y unos bellísimos ojos claros que fueron optimistas, sin duda, pero en los cuales ya no resta más que «la voluntad» de ser alegres. En todo su cuerpo largo, ondulante, maestro en la exquisita gracia de las actitudes melancólicas, hay una laxitud alusiva a la idea que envuelve su nombre; Ida: un nombre triste, aromado por una fragancia de adioses...

Hace tres días que el barco zarpó de Balboa, rumbo al sur. Son las nueve de una noche de julio. La mayoría de los pasajeros se hallan en el salón, donde una señorita canta y pulsa el piano. Apoyada sobre la borda, Ida contempla el mar, vestido magníficamente de plata por la luna. El la observa, discurriendo el medio — sin quebrantar las reglas de la cortesía — de hablar a una mujer a quien nunca ha sido presentado. Duerme el viento; el transoceánico, de ocho mil toneladas, firme, poderoso, oscila apenas. Un silencio hondo, silencio de eternidad, le acompaña. Abajo, en lo arcano, bajo el movedizo tapiz amargo y rielante del piélago, la hélice late sin brío, como un viejo corazón desengañado.

Ida, que se adivina espiada, registrada, por su compañero de viaje, vuelve la cabeza.

EL, *aprovechando la ocasión*: — A bordo, de noche, no sabe uno qué hacer. En el salón es imposible estar; hace mucho calor.

IDA. — Demasiado.

EL. — Con su esposo entretuve la tarde jugando al *pocker;* a usted no la había visto...

IDA. — He pasado en mi camarote la mayor parte del día, leyendo.

EL. — ¿Le gusta a usted leer?

IDA. — Según... (*Pausa breve.*) Los libros amenos no abundan. Es tan difícil hallar un libro interesante como conocer un hombre entretenido.

EL, *con acento seguro.* — ¿Verdad que son muy raros los hombres interesantes?

IDA. — Dos por mil.

EL. — Exagera usted.

IDA. — ¿Le parecen pocos?

EL. — Muchos me parecen. Los hombres son aburridísimos; los menos, porque saben demasiado; los más, porque lo ignoran todo.

(*Los dos sonríen.*)

IDA. — Si las mujeres supiésemos eso, no nos casaríamos... o nos casaríamos muy tarde... Yo me casé a los diez y siete años.

EL. — Hizo usted bien: debemos casarnos temprano, porque así tendremos toda la vida para arrepentirnos de nuestro error.

IDA, *suspira.*

EL. — Yo también soy un gran desengañado. (*Corta pausa.*) El mundo es monótono, gris... ¿No reparó usted en la aficion de los individuos que, como yo, pasaron de los cuarenta años, a vestirse de gris?... Ello obedece a que éste es el único color que sus ojos experimentados ven en todas partes. (*Otro silencio discreto.*) De mozo, mi ilusión era como un gigantesco y maravilloso jarrón de Sévres, que un mal día se hizo añicos contra la realidad. Pensé morir. Después... ¡qué remedio!... me apliqué a buscar entre el drama de los pedazos rotos el pedazo mayor, decidido a contentarme con él.

IDA. — ¿Lo halló usted?

EL. — Todavía no. (*Mirándola expresivamente a los ojos.*) O quizás... no lo sé...

IDA. — ¿Busca usted aún?

EL. — Siempre.

IDA. — Entonces es usted feliz todavía. Al menos más feliz que yo. (*Con un temblor en la voz casi imperceptible.*) Yo, ya no busco...

EL. — Reaccione usted; si quiere usted ser feliz, quiéralo fanáticamente, propóngaselo... y lo será usted. En una enorme mayoría de casos la dicha se reduce a un espejismo de nuestra voluntad.

IDA. — ¿A qué afanarnos si, al cabo, quedaremos vencidos?... Recuerde usted que en la novela inmortal de Cervantes, *Don Quijote*, símbolo de la ilusión, iba constantemente delante de *Sancho;* y así en la vida, donde el desengaño y el tedio caminaron siempre detrás de la esperanza.

EL, *fervoroso.* — Porque somos cobardes. Luchemos, y si la vida nos derrota, volvamos a luchar.

Callan, como otorgándose mutuamente una tregua. Sin advertirlo, entre ambos acaba de brotar una notable simpatía. En el silencio, empapado de luna, la hélice parece palpitar con mayor entusiasmo.

IDA. — ¿Qué podría yo buscar? Nada. ¿Laureles?... No, porque no soy artista. ¿Dinero?... ¿Para qué?... ¿Amor?...

EL, *vehemente.*— Sí, amor.

IDA. — El amor me está vedado; la sociedad me lo prohibe. Además, yo quise a mi esposo. ¿Cree usted que se puede querer más de una vez?

EL. — Indudablemente. Recuerde usted el libro maestro cuya autoridad invocó usted antes. ¿Cuántas veces salió Nuestro Señor *Don Quijote* en busca del Ideal? ¿No fueron tres?... (*Animándose.*) ¡Ah, si yo me enamorase y la persona a quien le diera mi corazón me correspondiese!...

IDA. — ¡Qué locura! Amar es esclavizarse.

EL. — Cierto: ¿pero hay esclavitud comparable a la esclavitud horrible del aburrimiento?

IDA. — ¿Y las responsabilidades, no ya sólo morales, sino económicas, que acarrea un amor?... (*Risueña.*) Oiga usted lo que dicen los hombres...

EL, *exaltándose.* — ¡Miserables!... La mujer que no amamos ciertamente nos pesa y nos estorba; pero la que amamos nos reanima y nos sirve de trampolín y de impulso. La primera es una carga; la segunda, una fuerza. Media entre ambas aquella diferencia que hay entre llevar nuestra merienda en la mano a llevarla en el estómago.

Ida ríe. Pasa en aquel momento un oficial vestido de blanco; sobre la albura del uniforme la botonadura y los galones dorados brillan marciales. El oficial es ventrudo, y al caminar se esparranca ligeramente para guardar mejor equilibrio. Lleva una gran pipa entre los dientes, y al chuparla, el tabaco se inflama y el rostro carnoso del fumador se tiñe de rojo. Ida y su acompañante continúan hablando, pero en voz tan baja que es imposible oirles.

EL, *con un calor nuevo en la voz.* — El mundo objetivo no existe realmente; todo está en nosotros, Ida; todo depende de nosotros... y yo sostengo que usted, o cualquiera, puede ser feliz a condición de ser un poquito cruel. (*Un silencio que empleará en recoger ideas.*) ¿Conoce usted *El fuego*, la admirable película de Piero Fosco?...

Ida hace un gesto negativo. En aquel instante sus ojos claros, sorprendidos, ingenuos, parecen aniñarse con la curiosidad.

EL. — Una mujer joven, bella, elegante, caprichosa y millonaria... una mujer que lleva consigo todo el trágico ramillete de las tentaciones, conoce una tarde, en el campo, a un pintor. La pobreza, la hermosura adolescente y, más aún, la segura inspiración del artista, la interesan. — «Iré a tu casa — le anuncia — para conocerte mejor.» A la noche siguiente, en efecto, va a visitarle. *El*, trémulo de emoción, ha comprado flores para adornar el estudio; sobre la mesa y bajo una pantalla verde, arde una vieja lámpara de petróleo. *Ella* examina uno a uno los lienzos, la pluralidad de ellos, inconcluídos, que decoran el taller, y por momentos muéstrase más enamorada del pintor. — «Tienes mucho talento — repite— un extraordinario talento, y mereces vencer.» Informada de las circunstancias que obstaculizan la existencia del joven, añade: — «A tu madre la enviaremos cuanto dinero necesite, pero a condición de separarte de ella. Debes renunciar a todo y dedicar al Arte tu alma entera. A cambio de ese sacrificio yo te daré amor, laureles, fortuna... y serás tan dichoso, que tu corazón sediento no apetecerá nada...» *El* vacila; ¡es tan niño aún!... — ¿Y mi novia? — interroga suplicante.» — «Sacrifícala también: es indispensable que todo salte en pedazos para que tú triunfes.» Y prosigue: — «¿Cuánto tiempo arde esa lámpara con la luz que ahora tiene?» — «Ocho horas, señora.» — «¿Y te resignas a vivir en una penumbra tan triste?» — «¿Qué haré, si no puede alumbrar mejor?» — «Te engañas. Hay en tu lámpara una fuerza formidable que tú no supiste descubrir, pero yo sí. ¡Mira!..» Y cogiendo la lámpara, la estrella contra el suelo. Una llamarada de incendio inunda el taller, y el pintor, deslumbrado, cegado por aquel resplandor de ideal, sigue a la hechicera...

IDA, *temblando.* — ¡Símbolo admirable!... ¡Oh! De emoción las manos se me han quedado frías.

EL. — Delante de cada hombre sólo se extienden dos caminos: el camino de los resignados y el de los rebeldes. ¿Qué preferiremos...? ¿Vegetar aburridamente bajo una luz vulgar, o arremeter contra todos los peligros y hacer una hoguera de nuestra vida?...

IDA. — No lo sé.

EL. — Yo, sí; yo rompo mi lámpara. Las pasiones me atraen más por su intensidad que por su duración, pues no importa que la llamarada dure sólo un instante, si ese instante bastó a enseñárnoslo todo. (*Misterioso y profético.*) Y es llegada la ocasión de seguir mi ejemplo. Ida: «rompa usted su lámpara.»

IDA. — No me atrevo... (*Le mira aterrada, como si sus ojos se inmergiesen en un abismo.*)

EL. — «Rompa usted su lámpara.» (*Sombrío.*)

IDA. — ¿Y después?

EL. — Después que el incendio se haya extinguido, después que haya usted visto lo infinito, ¿para qué quería usted seguir viviendo? (*Pausa.*)

IDA, *con curiosidad pueril.* — ¿Y cómo termina el pintor su aventura?

EL. — Malamente. El pintor, después de ser feliz, acaba sus días idiota, en un manicomio, haciendo pajaritas de papel...

.....

El esposo de Ida, que se ha acercado hasta ellos con pasos de gato:

— Buenas noches.

IDA. — ¡Ay! (*Da un pequeño grito.*)

— ¿De qué hablaban ustedes?

IDA. — ¡Qué susto! No te sentimos llegar. El señor me contaba el argumento de una película.

Los dos hombres se sonríen y se dan la mano.

EL ESPOSO. — ¿Te parece bien que nos marchemos a dormir? Son las once.

IDA. — ¡Las once ya!... Vámonos.

— Buenas noches.

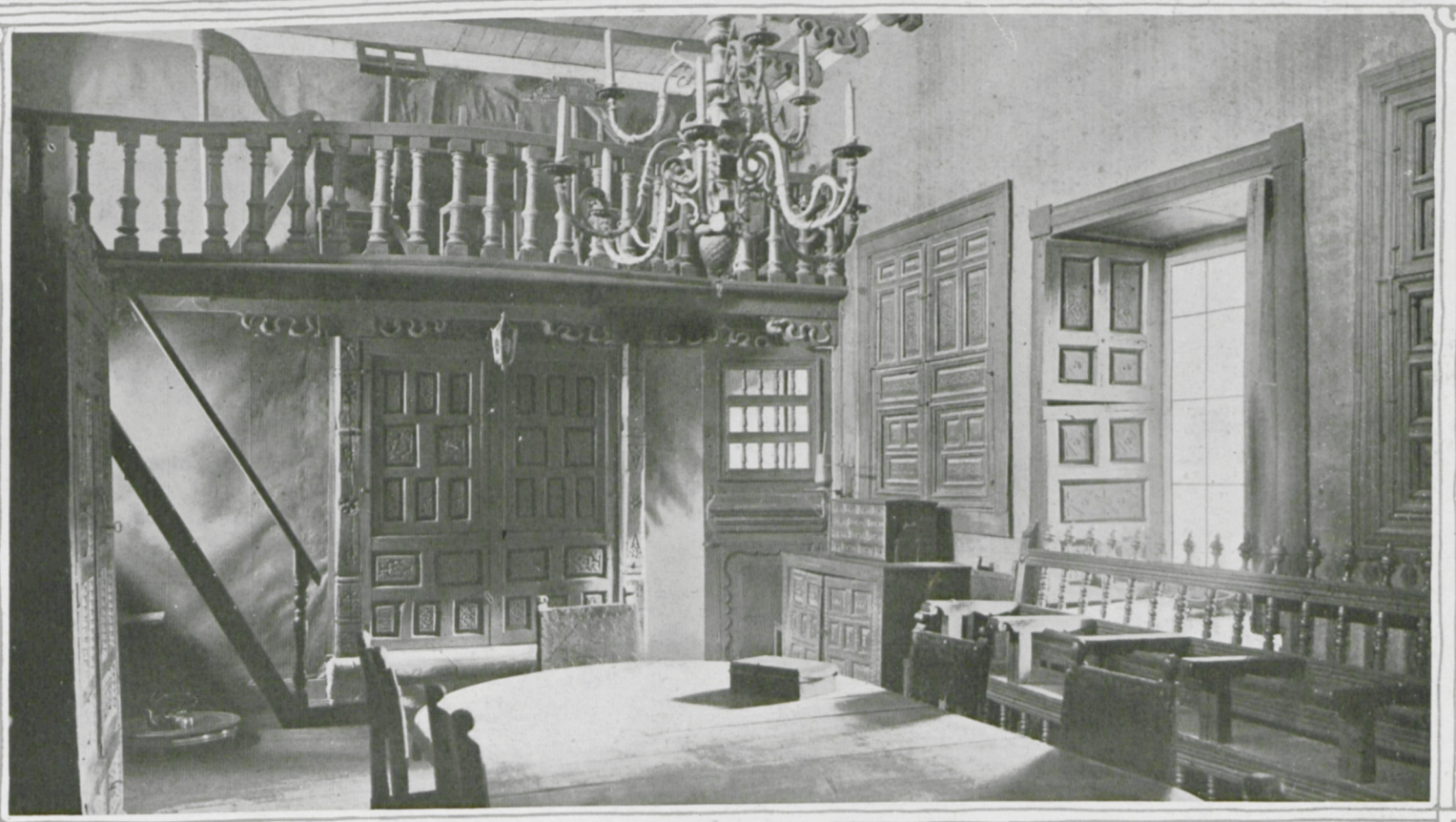
— Buenas noches.

— Buenas noches...

El matrimonio se aleja pausadamente. Van cogidos del brazo. Al franquear la entrada de la cámara, Ida vuelve la cabeza... Y su mirada, el hombre vestido de gris la recibe en el corazón.



EL COMEDOR, VERDADERO MUSEO DE MOBLAJE ANTIGUO, DONDE HASTA EL ÚLTIMO DETALLE RESPONDE AL MÁS PURO ESTILO COLONIAL.



OTRO ASPECTO DEL COMEDOR. FRENTE DEL CORO RESERVADO A LA ORQUESTA QUE AMENIZABA LAS COMIDAS DE LOS SEÑORES MUÑOZ VELAZCO.

mado el tratado de Lircai; y también en ella donde se desarrolla la trama de la novela colonial de Blest Gana, titulada *Martín Rivas*.

Mientras evocamos el recuerdo de la protagonista de la novela, la encantadora Leonor, hija del rico propietario don Dámaso Encina, esperando su galán detrás de las tachonadas rejas que dan a la calle Clara, en una noche de luna, y mientras se oye el clavicordio en sordina infaltable en las reconstrucciones amorosas del coloniaje, llegamos al comedor, que es una verdadera joya en su estilo. Amplio, iluminado por los rayos de sol que entran por las múltiples ventanas talladas tiene un ambiente distinguido. Las vigas del techo con ménsulas de talla, calcadas de las del Refectorio del convento de San Francisco de Santiago — magüer ser influenciada su ornamentación por el estilo Luis XV — tienen la gracia ingenua de algún artífice improvisado; las grandes alacenas con tableros del renacimiento español tallados con ritmo indígena, están coronadas con hermosas cimeras; las sillas, los sitiales laterales, y los portones — adaptados a un contramarco que no les pertenece y que ostenta las armas de la casa — están tallados en la común *patagua* chilena y quizás provengan de algún convento.

En la pared que da frente a la entrada del comedor, se alza el coro destinado a la música; originalísimo y difícil de encontrar algo semejante en los interiores coloniales, donde el arpa y el clavicordio allí colocados esperando aquellas manos familiares que les hacían vibrar, nos hacen violar la ley y el ritmo del tiempo, colocándonos en plena vida de antaño.

La capilla, unida al resto de la casa por un corredor, es el orgullo de sus dueños. Es una capilla de las pocas que existen en la América del Sud, por su pureza de estilo y por ser conservada inteligentemente.

La multicolor luz que entra por un *vitraux* de la claraboya, resbala por las imágenes colocadas en sus nichos y da valores y riqueza de tonos a un gran altar, que flanqueado por columnas salomónicas nos da esa nota tan común en el arte colonial que le hace característico: la exagerada disposición de las masas arquitectónicas con respecto al espacio a decorar.

La reja del comulgatorio es un raro ejemplar. La luz proyectada en un chorro multicolor, las imágenes sufrientes, las lápidas que encierran restos mortales de antiguos dueños, el techo obscuro y con vigas de amenazante robustez, hacen que el ambiente se sature de misticismo, infiltrándosenos el deseo de tener el alma buena y simple para poder orar...

Volvemos a los salones de la casa, y dominados otra vez por la característica lujosa y aristocrática que, como un tema musical dominante se repite a cada paso y en cada objeto, nuestra mirada resbala por paredes y muebles y, unida a la imaginación, trata de hallar el hilo de correspondencia en todas las cosas queriendo reconstruir aquella vida de brocatos y peinetones, de mujeres pálidas de amor y misticismo, con modales rítmicos y suaves y de oficiales bruñidos por el sol y la nieve, ceremoniosos y arrogantes.

Salimos a la calle. La impresión de vida añeja que nos envuelve, nos acompaña largo trecho, porque las casas que rodean a la solariega de los señores Muñoz Velazco son, en su mayoría, coloniales: de tejas grises, descoloridas y de rejas complicadas y salientes.



EL VIEJO ORATORIO DE
LA CASA SOLARIEGA.

TEXTO
D
ALFREDO
GVIDO

SANTIAGO DE CHILE
ENERO
1920



AVENTURA

POR

MANUEL MESA POVEDA

ILUSTRACIÓN
DE LARCO

«Incliné sur tes yeux où palpite une flamme
je descend, je descend on dirait dans ton âme.»

ALBERT SAMAIN.

... Y cobraron tus ojos negros profundidades de abismo, y ahondé, ahondé en ellos hasta el infinito pleno de la angustia secreta de la tarde amable que desmayaba en noche. Y mi espíritu se colmó de eternidad; mi neurastenia romántica se pobló de visiones y me impuse de todos tus avatares al través del tiempo y el espacio. Te supe Samaritana junto a la clara fuente, allá en los tiempos venturosos del Galileo, haciendo merced del agua divina que centuplica nuestra sed; y te supe amazona capitaneando las huestes del férreo Wotan, galopando frenética a campo traviesa en el potro indomable de tus ansias. Y volví a encontrarte en la India profunda y misteriosa de los Dioses vengativos y las Diosas fecundas, ofertando, en la majestad de una pagoda que se mira en el Ganges, el exvoto sanguinario a la inflexible Khali... Y ahondé más y más en la sima de tus ojos negros y te supe sentada junto a una palmera, prieta de frutos, que se refracta en las ardientes arenas del Sahara, soñando una inverosímil caravana de camellos cargados con telas de Damasco, esmeraldas de Golconda e insospechadas maravillas de Singapur. Y era tu alma milenaria como el mundo. Y era tu alma infantil como la de un recién nacido... Y tornaba a encontrarte junto a la bárbara pompa del Kremlin; y en la dorada galera de un Dux veneciano, el día de su desposorio con las aguas. En el Escorial de Felipe II, animada por la misma católica fe que le inflamara. En los salones de Port-Royal, departiendo con los escépticos ingenios sutiles del siglo XVIII. Y hasta en las selvas exuberantes de América, donde terminara su vida de lirio la india Atala. En todas las épocas y en todos los países...

¡Oh! el inaudito abismo de tus grandes ojos morunos que amara Leonardo y consagraran para siempre la fama formidable del goyesco pincel; divinos ojos negros que hablan de todas las ternuras maternales, de todos los encantos amorosos, de todas las tragedias olvidadas de los amantes sin ventura, de los celos ancestrales que corroen las entrañas de los dioses y los hombres cuando ya no tienen fe... Ojos inspiradores de todas las heroicidades y de todas las cobardías, ante su misterio impenetrable mi alma quiere detener — tan sólo un minuto — parodia de eternidad, la sensación que pasa. Mas a medida que en ellos profundizo, descubro nuevas simas que dan vértigo. ¡Quién pudiera bucear hasta lo hondo primitivo de la divina Thulé de tus ensueños para saber de la serenidad de tus remansos!... Pero nunca será porque en ellos, a manera de fantástico espejo, reflejaría mis ojos que están plenos de ti. Y así hasta el infinito... Sólo Artemisa, que sabe los secretos de la Esfinge que hace cuarenta siglos descansa tendida en su lecho de arena, podría hablarme de ti. Mas no lo hará. Porque me odia desde una noche lejana en que con un junquillo destrocé en el estanque a una luna pequeñita que, desde la profundidad, hablaba amorosamente con ella de la trágica muerte del bello Narciso...



Manola

OLEO DE
RICARDO
URGELL

Propiedad
de Don Carlos
Reyles

PLVS
VLTRA



DESPUÉS de leer *Juventud, Egolatría* resulta poco seductora la idea de conocer personalmente a Pío Baroja. Es el temor de emocionar desagradablemente su epidermis excesivamente fina, siempre pronta a la irritabilidad.

Sin embargo, ¿por qué oponernos a su conocimiento, si un movimiento de simpatía puede acercarnos a él con la misma facilidad que un movimiento contrario nos rechazaría? Porque ésta es la característica principal de su personalidad: de la inconsecuencia, de la falta de seriedad ante las cosas y las personas y las obras, ha hecho este gran escritor lo serio, lo fundamental de sus producciones. Baroja es un hombre de primeras impresiones; todo lo contrario de un meditativo, la antítesis de don José Ortega y Gasset, por ejemplo.

Se ha hablado mucho del aislamiento de Baroja, de que es un solitario. No. Lo que ocurre es que es un hombre poco efusivo y muy sincero, lo cual lo lleva siempre a una escrupulosa selección en su vida de sociedad.

La impresión que produce su figura es la de un hombre que carece absolutamente de *pose*. Sencillo en el vestir; con el abrigo, la bufanda al cuello y un vulgar sombrero flexible, más que un escritor parece un industrial o un hombre de mar.

Su cabeza está llena de vida y fortaleza; entre el pelo hirsuto y acerado de sus barbas, muéstrase la gruesa pincelada de sus labios sangrientos. Sus ojos obscuros, tienen la dureza y el brillo de las piedras preciosas; y su mirada, que permanece largamente absorta en visiones interiores, cuando se fija en nosotros parece penetrarnos.

Hay algo de huraño en su gesto; nótase en él inmediatamente que vive en desacuerdo con la mayoría, que es agresivo y descontentadizo. Con razón, en un álbum, cuajado de literatura *albuminosa*, en el cual cada firmante hacía ostentación de méritos y muestra de vanidad, él se concretó con definirse de esta manera: *Pío Baroja. Hombre humilde y errante.*

Lo hemos conocido en el despacho de librería de su editor y pariente Caro Raggio. Allí acude todas las tardes, cuando se encuentra en Madrid. Ahora, acaba de llegar del país vasco, donde pasa casi todos los veranos, gozando de las benignidades del clima y las sugestiones de la tierra natal. Y, sobre todo, trabajando, porque Baroja es un trabajador incansable.

— Vivo apartado de la vida literaria, me dice. Conozco a muy pocos escritores y a los que conozco no los veo con frecuencia. Me interesan poco y, por otra parte, ellos hacen vida de noche y yo no salgo por las noches. Prefiero el día y cada vez se acentúa en mí más esta predilección.

— ¿Qué escritores españoles son los que usted aprecia?

— Hombre, muy pocos. Ortega y Gasset, Azorín. Los demás, como Valle-Inclán, Ricardo León o Blasco Ibáñez, no me interesan, pero en absoluto. Azorín me gusta por esa claridad que hay en su prosa y porque es un gran estilista. Ortega me parece el hombre que más sabe en España; tengo por él un alto aprecio... Es el único que una conversación puede enseñarme cosas que yo no conozco. También, todo ha contribuído para formar su cultura; ha sido como una planta perfectamente cuidada, con abonos y temperaturas precisos. Así ha podido formarse esa personalidad tan completa. Lástima que ahora, cuando debía darnos sus frutos, temo que se malogre. Trabaja poco en lo que debía trabajar; en fuerza de seleccionar su pensamiento, tarda mucho en decir las cosas, y eso cuando llega a decirlas. Yo creo que se debe ser todo lo contrario; producir continuamente, en espera de que alguna vez se dirá lo substancial, aquello verdaderamente interesante y personal...

— ¿Escritores del siglo pasado?

— Quitando a Larra, al cual aun se puede leer con interés, lo demás es muy malo. Pereda, Alarcón y todos esos no me dicen nada, no tienen ningún interés...

— ¿Y Galdós?

— En Galdós había la posibilidad de un gran novelista, pero siempre anduvo a ras de tierra, no tuvo altura ética para tratar los asuntos; sin embargo, es un novelista... Pero le faltó algo...

— ¿Y entre los poetas?

— Muerto Rubén Darío, no queda un gran poeta; hay cosas buenas en unos o en otros, pero falta una personalidad vigorosa y definida.

Como se verá, no es Baroja el hombre más indicado para establecer una escala de valores. Podríamos contar otras observaciones suyas a este propósito, pero serían repetición de lo que escribió en *Juventud, Egolatría*. Bastan estas observaciones para demostrar su carácter, su especial idiosincrasia.



Autores americanos dice que conoce muy pocos, sin que haya llegado a interesarle nada más que Lugones. En cuanto a estos que viven por aquí, son un caso vergonzoso de rastacuerismo, — dice — como Gómez Carrillo, que siempre ha de escribir en sus artículos: — «Anoche, cenando con Sara Bernhard...» o «en una reunión, Jean Jaurés me decía...»

Esto, deriva inmediatamente en el hispanoamericanismo.

— No creo en él — arguye — porque hasta ahora no es más que una ficción. Sin embargo, el hispanoamericanismo llegará a ser algo serio y consistente, cuando deje de ser un tópico político o literario para convertirse en relación de mutuos intereses que todavía no se han creado, pero que son posibles.

— ¿Por qué usa usted para todo lo americano ese tono despectivo y hasta injurioso?

— Eso es una impresión personal que no creo que ustedes le den más valor del que tiene. ¡Es que los americanos que uno conoce aquí!...

Y Baroja termina la frase con un gesto de desolación que no puede ser más expresivo. Es claro que a nosotros nos queda el consuelo de que Baroja no nos ha conocido antes y desconoce casi totalmente lo que es América. Le insinuamos esta idea, y nos contesta:

— Yo quisiera conocerla. Pero un viaje para mí es casi imposible. Eso puede hacerse invitado por el gobierno o por una institución, lo cual crea compromisos y trabas, obliga a muchas cosas que están en desacuerdo con mi modo de ver y yo no lo aceptaría nunca. Otra manera es pagándome el viaje; pero para eso hace falta mucho dinero, del que yo no dispongo... Así, lo más probable es que no pueda ir nunca.

— Yo lo lamento, porque no tenga usted ocasión de modificar su opinión tan ofensiva como injusta.

— ¡Bah, si esa opinión no tiene importancia!

Y observo en Baroja una cosa especial. Con una salida de tono, ha dicho una cosa comprometida y luego parece recogerse en sí mismo y adopta una actitud como si aquello no tuviera tanta importancia.

Hoy han llegado a la librería varios amigos de Baroja y la conversación se hace general. Entonces se ve al gran novelista más preocupado por la vida que por la literatura: una mujer que pasa y sobre la cual hará una observación. Un señor que entra a la librería y pide *El Parlamentarismo* de Azorín, y cuando se marcha pone un comentario: — Debe ser un diputado maurista...

Luego, alguien nombra al capitán Jacques Sadoul, condenado a muerte, según las últimas noticias; y Baroja habla de las luchas sociales de nuestros días:

— El bolchevismo no puede ser un régimen peor que cualquiera de los actuales. No creo tampoco que sea un retroceso de la civilización. Es natural que hasta imponerse sea dictatorial, pero, ¿acaso no lo fué también el liberalismo? Por otra parte, el esfuerzo de creación que supone eso, puede descubrir nuevos horizontes; desde luego, puede dar lugar al movimiento de un gran arte nuevo. Lo molesto es que el mundo empieza a estar demasiado preocupado por la política, y lo peor es que parece que va a estarlo por mucho tiempo. El restablecimiento de un nuevo régimen llevará muchos años, y nuestra vida es corta. Además, no creo que hoy exista en los hombres un espíritu de sacrificio como para trabajar toda su vida con la perspectiva de un beneficio del que apenas gozarán sus hijos o sus nietos. No sé tampoco si la vida merece este sacrificio. Es demasiada política, y la vida tiene otras muchas cosas. No sé... No sé...

Y Pío Baroja, rumiando un pensamiento, se queda con la mirada fija y distante, como queriendo ahondar el secreto de la vida, de la cual él ha sabido hacer un venero inagotable de pensamientos y emociones... ¡De la cual tal vez está bastante desilusionado!



EL SABLE Y EL BISTURI

Por SANTIAGO MACIEL



LINDO día! ¿no? — dijo don Calixto a su asistente.

— ¡Lindazo, mi coronel!

— Güeno, entonces, ensillame el alazán y vamos a recorrer la sesión. Hay que poner los güesos de punta...

Don Calixto era coronel, a la antigua usanza, es decir, ignorante en táctica y estrategia teóricas, pero hábil en las cargas y en los entreveros; en las sorpresas del enemigo y en el conocimiento del país, cuyas mil encrucijadas, vados, bosques, cuevas, grutas y recovecos llevaba en la memoria, como grabados en mapa gráfico de pasta indestructible.

Había muchos como él en aquellas épocas de músculos de hierro, en que el sable o la lanza eran una prolongación del brazo; el cuerpo, un complemento del corcel, a semejanza del centauro, y el choque armado, piedra de toque del coraje; pero el coronel se distinguía — fuera de esas cualidades — por su carácter violento y por su irreducible suspicacia de criollo, sutilizada en cincuenta años de ejercicio.

En su vasta sección, donde desempeñaba el cargo de «Comandante de Zona», era mirado con temor por los vecinos, pues éstos sabían que si tomaba a alguno «entre ojos», ya tenía el infeliz padecimiento «para rato», bastando la sospecha de un pujo de rebelión, para sindicarlo de «enemigo», a quien había que castigar o suprimir, sucediendo, comúnmente, que el castigo y la supresión se efectuaban en un solo acto, de brevedad desconocida hoy, en los «dramas nacionales» heroicos.

Su mujer y su hija, pocas veces se permitían hablar en su presencia, por no exponerse a contrariar sus opiniones, aunque parecían vivir relativamente contentas en aquel ambiente restrictivo, tan cierto es, que la adaptación es una ley, capaz de hacer dichosa a cualquier persona de temperamento dúctil y acomodativo; pero cuando el hombre se despertaba malhumorado — lo que sucedía «un día sí... y el otro también»,— ¡era de observar el silencio de aquella casa! El ceño jupiteriano del jefe, equivalía a un aviso fatal. Don Calixto no hablaba ni hacía manifestaciones ruidosas, pero todos sabían que la tempestad podía estallar en rayos y truenos a la menor contradicción. Hasta el viejo can, de hocico de tigre y piel rayada a manera de tatuaje, metía el rabo entre las patas, ocultándose en el rincón más apartado, hasta que los pasos del coronel dejaban de retumbar en cuartos y corredores, signo infalible de que el hombre había resuelto descargar su cólera en otra parte y no en su lomo, algo resentido ya por el masaje del rebenque.

Le odiaban — por supuesto — y tenía enemigos terribles, porque eran muchas las víctimas de su arbitrariedad. En los montes, que él hacía registrar muy a menudo, vivían, sin ser hallados nunca por la soldadesca, muchos «matreros», que habían jurado vengarse de sus persecuciones, de sus iras implacables, ejecutadas en ellos o en sus familias, porque aquel señor de «horca y cuchillo» no perdonaba a nadie y menos al que se le resistía, ya fuese huyendo o increpándole sus desmanes.

Así sucedió con el doctor Cabrera, único médico de la localidad, quien en cierta ocasión tuvo la audacia incalificable de reprocharle un acto de tiranía cometido con su anciano padre.

El joven se presentó en la casa particular del coronel y le dijo, luego de saludarle con marcado enojo:

— Vengo a saber, señor, por qué ha hecho prender a mi padre y por qué me ha mandado a amenazar, cuando yo nunca he reparado en su persona.

— Su padre no me saluda y a mí no me importa que sea el estanciero más rico del pago. Yo soy la autoridá y me debe respetar ¿sabe?, y usté no es naide pa pedirme explicaciones. ¿Qué se ha créido?

— Bueno — dijo el doctor, fuera de sí — le juro que el día que caiga en mis manos, he de librar al pueblo de un asesino y un déspota como usted.

Y sin esperar contestación, salió precipitadamente del despacho, rojo de rabia, dispuesto en ese momento a cometer un disparate, aunque sabía que ya estaba condenado.

En el corredor, se encontró con la hija del coronel, que alarmada por los gritos, se acercaba al cuarto de su padre, diciendo:

— ¿Qué hay tata, qué hay?

El joven se detuvo un instante, sorprendido por la belleza extraordinaria de la niña. La saludó, después, maquinalmente, saliendo con precipitación de aquella casa, en la que parecían vivir a gusto la maldad y la belleza.

— ¡Caramba! — se dijo, ya en la calle — ¡vaya un magnífico ejemplar de la raza nativa! — Jamás hubiera creído que un hombre como ese pudiese tener una hija semejante. Ese bárbaro debería engendrar monstruos iguales a él, como una maldición del Eterno. ¡Misterios de la biología o errores de la embriogenia!

Esa tarde, el pueblo, vió salir de la comandancia al coronel bien montado en su brioso alazán, en compañía del asistente, que iba armado de sable y carabina.

Los campos brillaban bajo el oro de la luz vespertina, y el monte próximo, tupido y ancho, se destacaba en el horizonte en curvas gráciles, incitando al reposo con la sombra de sus ramajes floridos.

El paisaje pareció animar al coronel, pues decidió ir hasta el límite de su feudo. Pronto dejó detrás de sí el poblado, acercándose al monte, guarida sempiterna de pumas y hombres rebeldes a su autoridad omnímoda.

Nada observó de anormal, y ya iban a emprender el regreso, por una senda estrecha flanqueada de altos matorrales y espinillos enanos, cuando se vieron atacados a tiros por varios jinetes. Casi no tuvieron tiempo de defensa. El coronel y su asistente, mal heridos, cayeron a la primera descarga, mientras los agresores volvían a internarse en el bosque.

El doctor Cabrera, que iba a la estancia de su padre, oyó claramente las detonaciones, a pesar del ruido que hacía el «breck» sobre el desigual camino. No paró mientes, sin embargo, en el suceso, acostumbrado como estaba al fogueo que los soldados del coronel hacían a menudo en la selva; pero, no habían transcurrido minutos, cuando vió pasar, en carrera vertiginosa, al caballo de don Calixto, con el recado en el anca y arrastrando las riendas.

No tuvo dudas de que le había ocurrido algún percance al coronel.

— Apure los caballos — dijo al cochero — vamos a ver qué ha sucedido.

— Es cerca del monte, doctor...

— No importa, vaya hasta él nomás. Un cuarto de hora después, se detenían junto a los dos hombres. El coronel estaba sentado en el pasto oprimiéndose el pecho con la diestra. El asistente no daba señales de vida.

El doctor Cabrera examinó a éste primero y dijo:

— Está muerto.

En seguida desabotonó la chaquetilla del coronel y pudo ver un agujero de bala en el costado derecho, al parecer muy profundo.

— Ayúdeme — dijo al cochero.

Y entre los dos, con grandes esfuerzos, colocaron al herido en el coche.

— Ahora, vamos a casa, que está más cerca.

Y pensó, melancólicamente:

— La hija, tal vez sepa agradecérmelo.

Quince días después, el coronel, ya convaleciente, decía al doctor, en presencia de su mujer y su hija:

— Me ha salvao la vida, doctor, aunque ha faltao a su palabra.

— ¿He faltado a mi palabra? ¿Cómo así?

— Usté juró, si mal no recuerdo, que en cuanto yo cayese en sus manos, iba a librar al pueblo de un déspota o cosa parecida.

— Bien, coronel, le puedo asegurar que no he cometido ninguna falta, porque usted ha caído en manos del médico y no del hombre. Hay que saber distinguir entre el corazón y la autoridad; entre el bisturí y el sable. Además, coronel, cuando está de por medio una joven tan linda y tan cariñosa como su hija, no hay lugar a ningún sentimiento que no sea digno y levantado. La belleza y la bondad humanizan la vida.

— Güeno — dijo el coronel, dirigiéndose a la niña y sonriendo socarronamente — andá m'hija a agradecer al médico, pero no al señor Cabrera, cuanto ha hecho por tu padre...

La niña se levantó toda ruborizada, y estrechando la mano del joven, dijo una frase sencilla, pero elocuente:

— Para mí, usted es uno solo, porque si no tuviera tan buen corazón, no sería tan buen médico.

— Gracias, gracias, dijo el joven enternecido, propasándose un poco, en un abrazo de corta duración..,

El coronel seguía sonriendo con diabólica malicia, sin impresionarse por lo patético del cuadro, ignorando tal vez que, en aquel instante, su autoridad sufría un segundo descalabro...





LAS·CIUDADES
DEL·ENSUEÑO

París

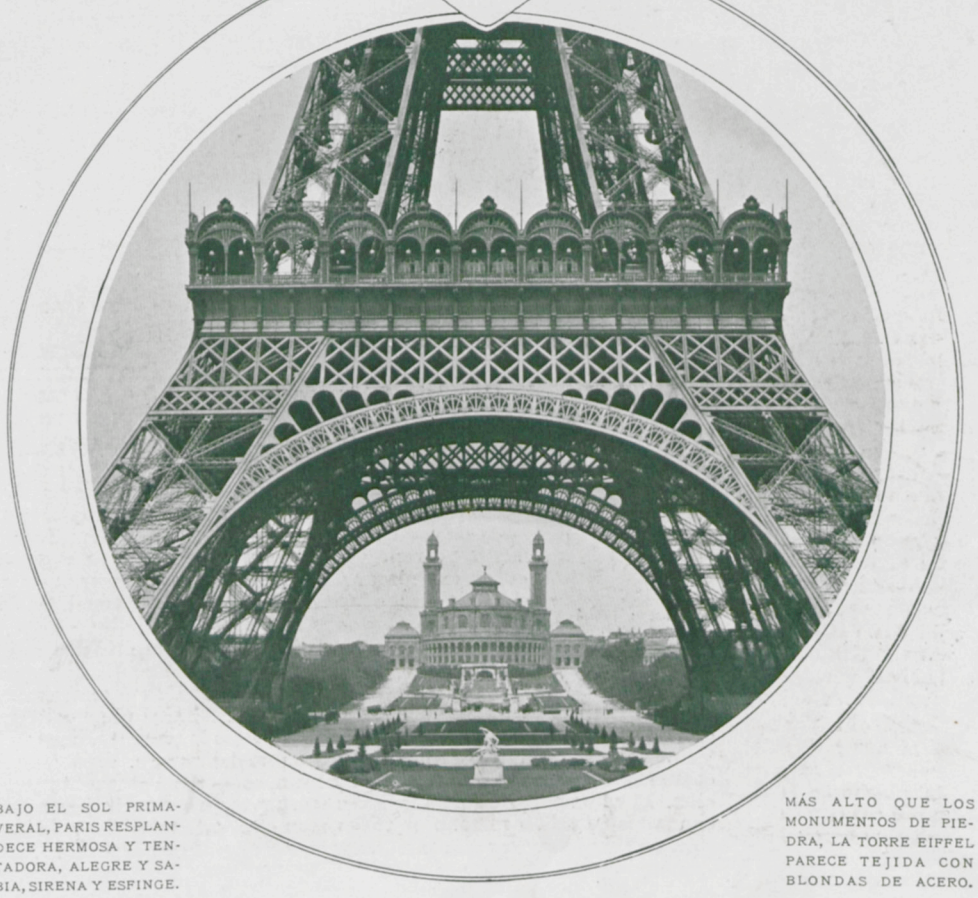
En la primera novela francesa que los jóvenes leen a escondidas, viene la fragante semilla de un gracioso ensueño: París. Todas las novelas francesas son como el libro que el degollado médico mileanochesco hizo hojear al príncipe cruel y curioso: las páginas están emponzoñadas y, antes de llegar a la última, el veneno os hace su víctima, el grato veneno de París donde la cantárida se mezcla al opio y al champaña.

París es la capital del Cercano Oriente, la Babel que atrae, un lugar fantástico, donde se sueña despierto. Seis siglos de literatura se amontonaron para ofreceros esa Villa-Luz que resulta el mejor y más complicado de los convencionalismos. En París viven aún Claudio y Juan Frollo, Artagnan y Colline, la Pompadour y Musetta, Danton y el Nabab, M. Bergeret y Papá Goriot...

Hay quienes afirman que ese París lejano de los jóvenes vale más para leído que para visitado. Verdaderamente, a excepción de unas cuantas personas intransigentes, la mayoría de los viajeros le pone reparos a la ciudad-ídolo. Esto no prueba nada, pues no existe aglomeración de gente en la que no se sumen defectos. Por el contrario, la gloria de las ciudades consiste en hacer brillar una belleza por encima de los lodos material y espiritual.

París, es la única urbe que a tantos hizo, hace y hará soñar con la pobreza, con la Bohemia, con estufas apagadas, con mesas vacías y otros divertidísimos trances que sólo los émulos de Mimí y Rodolfo pueden soportar alegremente gracias a la juventud y al arte.

¡París, ciudad del ensueño juvenil, ideal de cuanto aprendiz de artista hay en el mundo, pintoresca y alegre, como un Carnaval, metódica, acerada y simétrica, como su torre Eiffel, reina de las Babeles y paraíso de los hoteleros, tú eres el Polo Norte de la moda, del holgorio, siempre inaccesible, siempre alumbrado por el sol de la civilización que gira continuamente al ras de tu horizonte.



BAJO EL SOL PRIMAVERAL, PARIS RESPLANDECE HERMOSA Y TENTADORA, ALEGRE Y SABIA, SIRENA Y ESFINGE.

MÁS ALTO QUE LOS MONUMENTOS DE PIEDRA, LA TORRE EIFFEL PARECE TEJIDA CON BLONDAS DE ACERO.

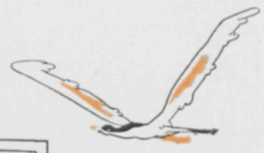


LA PESCA EN MAR del PLATA

MAR adentro, a bordo de una lancha pesquera. Poco antes dormía yo en el hotel; un camarero hizo prodigios para despertarme. « Señor: abajo lo espera Manuel ». Me vestí apresuradamente un traje de remero, el traje deportivo que guarda más relación con el nuevo deporte que iba a probar. Por si acaso, eché mano a un ulster y a una gran caramañola de caña paraguaya. De tal manera preparado, corrí en busca de Manuel.

En la portería estaba Manuel. Manuel es un gaucho marino, un gaucho anfibio, tan capaz de enlazar una ballena como amansar un potro. Nacido en tierra adentro, lejos hasta de los grandes ríos argentinos, Manuel, acosado por la suerte, llegó a estas playas adaptándose al medio. No sabe nadar, ignora lo que el nombre de brújula significa y, sin embargo, es tan buen pescador como lo hubiese sido Martín Fierro en caso de dura necesidad. Así son. Los mejores marineros de nuestra armada ven el agua salobre por primera vez horas antes de embarcarse. A los dos meses, esos *tapes* más bronceados por la brisa, más endurecidos por el trabajo, corren de jarcia en jarcia valiente y ágilmente. Manuel tiene cara de indio bueno. Cuando la bondad vence todos los obstáculos que su rostro feo le presenta, cuando la sonrisa del indio es continua y simpática, ese indio resulta el mejor hombre del mundo. Vive Manuel lejos de la ciudad. Aunque comenzó el oficio a los cuarenta y tantos años — tiene cincuenta y tantos — ya formó una tradición. El es enemigo de las lanchitas con motor a nafta; la pesca debe perseguirse honradamente, con botes de vela o remo. Por todas esas circunstancias elegía a Manuel para padrino de mi bautizo de pescador. Por esas circunstancias corríamos en automóvil, a la madrugada, en busca del





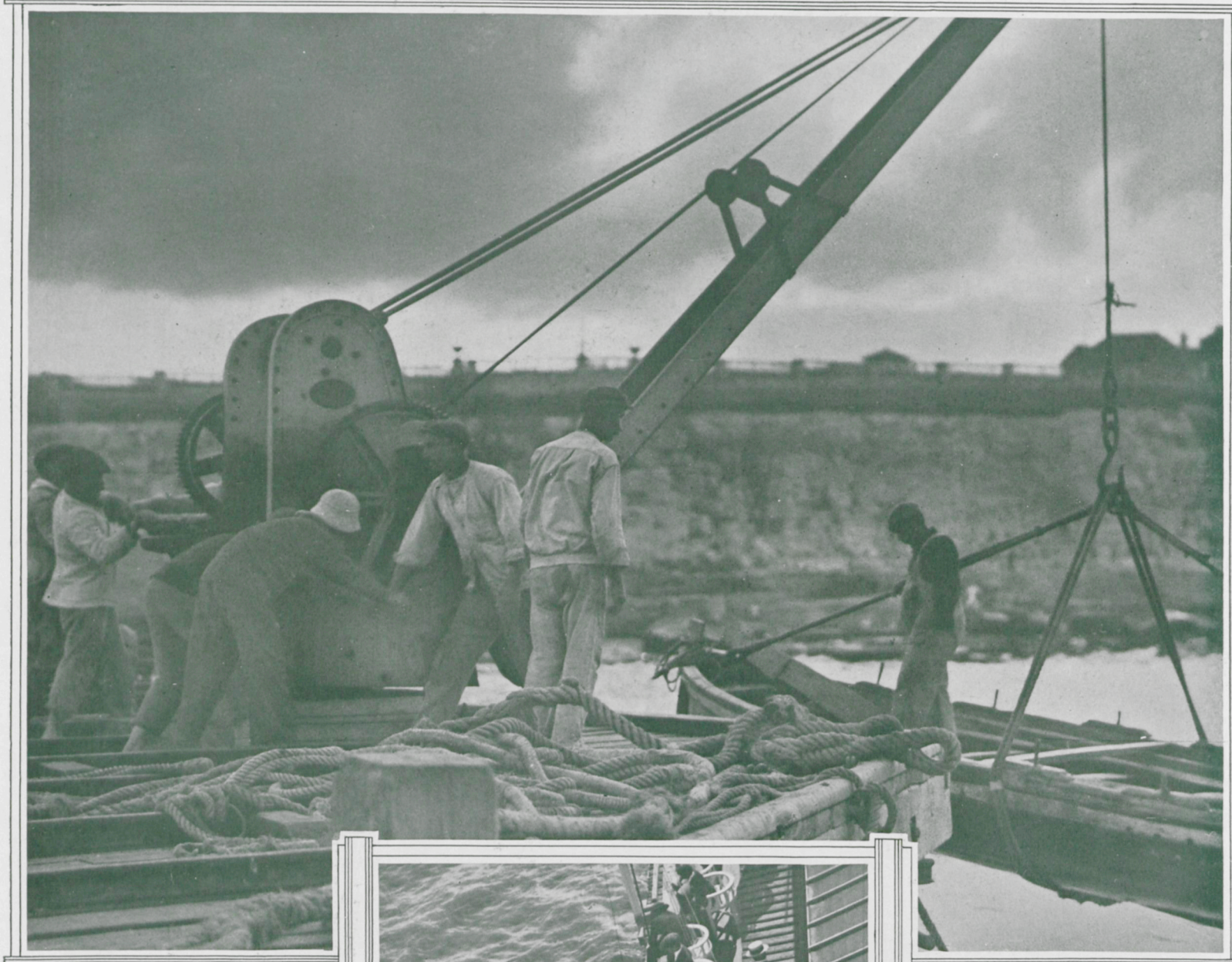
bote del gaucho anfibio. Sobre la arena nos esperaba la tripulación: un hijo de Manuel y dos pescadores más. En poco tiempo estuvimos a flote, con la vela izada, rumbo afuera. La brisa frescachona hacía correr por mi epidermis oleadas de escalofríos. Un trago de caña fué el aceite que calmó ese oleaje, remedio compartido por Manuel y sus hombres.

Ya lejos de la costa, que se achicaba y hundía rápidamente, los gauchos anfibios fueron echando la red semejante al cuero de una serpiente, y pronto un semicírculo de corchos flotó a remolque de la lancha. Yo era perfectamente inútil; más bien un estorbo sentado a popa. Para justificar mi presencia hice lo que todos hacemos al encontrarnos en lugares donde no estábamos en nuestro lugar: fingir interés por las cosas desconocidas. Y entonces hice preguntas unas sobre otras, oyendo atentamente las respuestas del ínclito Manuel.

Por muy mala o por muy buena que nos figuremos la vida de los humildes, siempre ella es más buena y más mala. Los rudos trabajos, las rudas satisfacciones de los gauchos marinos acobardan y atraen a los que, como yo, vivimos una existencia *prejuiciosa* — aceptad la palabra. Aquel existir está calcado sobre el patrón de la naturaleza.

Lo que menos puede hacer un extraño es preguntar incansablemente acerca del oficio. La contestación viene envuelta en orgullo y en lamentaciones varoniles. Todo el *Martín Fierro* es una respuesta larga. Y en él se aprende tanto como yo aprendí en cinco horas de alta mar mientras los gauchos anfibios buscaban ese pescado que luego, entre el hielo, irá a parar a los trenes que lo llevan hasta donde se pagan caras las cosas baratas.





A SU VEZ LA LANCHA PESCADORA HA MORDIDO EL ANZUELO DE UNA CAÑA.

Pero cuando la mar bravía u otras circunstancias me impiden hacer el papel lamartinesco del héroe de *Graziella*, acudo a una diversión más tranquila. Y entonces empuño la flexible caña, tomando asiento entre las aficionadas y aficionados que en el muelle distraen sus ocios.

Mucho se habló ya en letras de molde acerca del pescador sedentario que extrae uno a uno peces y pececillos. Ha sido alabado y calumniado hasta el exceso; mas el tranquilo y cachazudo *amateur* se ríe de sus detractores con la misma risita irónica con que se ríe de los peces de colores.

La caña de pescar o línea, es un cetro que comunica a sus poseedores una majestuosa continencia. Ningún ejercicio sirve tanto como la paciente espera del pez inocente para templar los nervios. El hombre avezado a la entretenida labor de sumar 1 + 1 + 1 + 1 peces, adquiere una calma angélica, una filosofía hermosamente estoica. La vida verdadera no pertenecerá nunca a los nerviosos, sino a los pescadores de esto o de aquello. Porque hasta las pichinchas causan desazones a los linieros del mundo incapaces de sangre fría.

He observado prolijamente a mis compañeros de caña en ristre. Los

HORAS Y HORAS, LOS AFICIONADOS ESPERAN EL SUICIDIO DE LOS PEJERREYES.

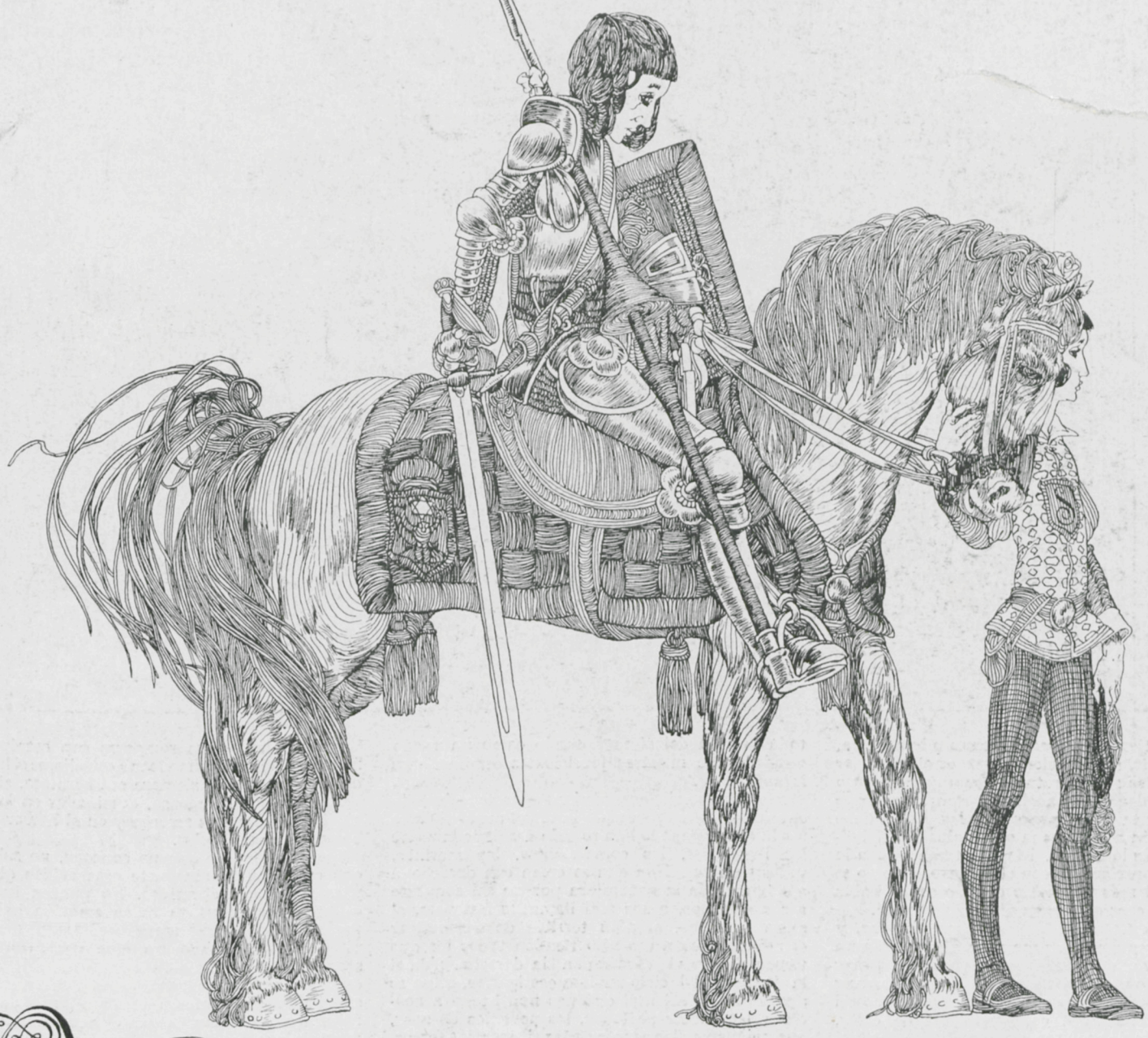
hay de todas las categorías y de todos los caracteres. Siempre comprobé que al mismo tiempo pescan más de una cosa. La mayor parte de ellos medita, y por sus rostros se advierte el paso de ideas que ninguna relación guardan con el futuro e infelice pescado. Y esas ideas rumiadas en la calmosa labor pesqueril, frente al sano aire marino, se convierten en proyectos que allá sobre la metrópoli o sobre la estancia producirán metálicos frutos de invierno.

La mayoría de la minoría restante realiza también su doble pesca. Por ejemplo: las niñas que aguardando inútilmente al pejerrey logran prender en el anzuelo amoroso un pez mayor. La alusión resulta bastante clara y no necesita mayores comentarios. Indudablemente, esta y otras reflexiones que la pesca con redes y anzuelos sugieren, probarían en último término, que se trata de una operación que obedece, como todo lo humano, a las leyes de la oferta y de la demanda. ¿Que el número y la voracidad de los acuáticos clientes suben? Mayores serán los dividendos. ¿Que hay abundancia de comida sin anzuelo? Las acciones bajan.

RAÚL P. OSORIO.

FOTS. DE BALDISSEROTTO.

Petición



Ante ti, Señora, llego,
armado de todas armas,
presto a bajar al palenque
en defensa de tus gracias,
por si hay algún caballero
que a tu rostro ponga tachas,
o quien ante mí no jure
que eres pura como el alba.

Resumo que nadie intenta
mancillar tu nombre y fama,
pues bales tú más que el sol
ya que el sol nos muestra manchas.
Mas si un malandrín, Señora,
de tu pureza dudara,
si desleal y follón,
que malsines nunca faltan,
se atreviese a mancillarte
no con voces, con miradas,
yo te juro, dueño mío,
por la cruz de esta mi espada,
que a mis pies yo le tendiera
a mandobles o a estocadas;
que en los reinos de Castilla,
que el sol tuesta a lumbraradas,
se ha de jurar que en nobleza
ninguna mujer te iguala.

Esta es la divisa, reina
de mi alma enamorada,
por ella reñiré bravo,
por ella quebraré lanzas,
por ella lucharé fiero
en plaza abierta o cerrada,
ante Dios, en quien adoro,
ante el Rey, a quien Dios guarda,
ante nobles y plebeyos
orgulloso de mi dama.

Si fú, como te pido
la cabeza destocada,
me bendices en la empresa,
con la luz de tu mirada,
no temas, que he de volver
si a la lid se me llamara
con el yelmo empenachado
y con laureles mis armas;
que no en balde te entregué
des que te vi toda el alma,
que por ti quiere la vida,
que por ti lucha y batalla,
que por ti lauros anhela
y por ti gozosa canta.

R. Monner Sans
Sirius Asturicus. Delineavit



Que me devuelvan mi río...

PABLO DELLA COSTA

ILUSTRACION DE ALVAREZ

Los que tienen el corazón puesto a la antigua, es decir, a la izquierda, que es el lado por donde se siente, estarán conmigo en cuanto voy a decir más adelante. Porque hay que tener en cuenta que la mayoría de las gentes tiene hoy el corazón a la derecha o a la altura del bolsillo, lo que es lo mismo. Piensan también con la faltriquera y raciocinan con el centavo, pero no se les mueve el músculo noble cuando se les habla de cualquier cosa que tenga atingencia con él.

A mí me da por hablar de las cosas viejas, y cuando las rememoro se me sube a la cabeza un calor suave y amable, un impulso fuerte de querer pintarlas, que me arroba y me enajena; veo correr los años pasados en un raudo remolino, como un viento de primavera, como una ola de color, como un soplo de perfume, como un hálito de vida, como un volar de mariposas pintadas, como una procesión de fantasmas vagos y sutiles que giraran alrededor de mi cerebro en una ronda caprichosa y humana; vuelvo a la vida.

Y tengo una obsesión fuerte y cariñosa que no me abandona: el progreso me ha robado la más hermosa visión de mis días tempranos; los hombres del gobierno y de la ciencia me han arrebatado el encanto de mi río de la Plata; me lo han tapiado de murallones, de almacenes, de depósitos, de elevadores, de mástiles, de chimeneas, y lo han llenado de ruidos confusos, destemplados, chillones, violentos, ensordecedores, en una batahola incesante, en un traqueteo indescriptible, de gritos, de imprecaciones, de protestas revolucionarias, de afanes de trabajo, de odios de reivindicación, de hogueras de coraje y de cenizas de hambre, mezclado todo en el tumulto agrio de la lucha del mendrugo o de la prepotencia de la clase.

Aquel río grande, limpio, de pura plata, que se perdía en el fondo del horizonte, tan grande, que los niños no sabíamos medirlo, era, a la luz del sol, como un espejo enorme, infinito, que enceguecía y deslumbraba, y a la luz de la luna, una inmensa placa de oro bruñida por un artífice excelso. Y si de día o de noche, una vela latina lo surcaba en las hondas lejanías, balanceándose blandamente sobre el agua plácida y serena, todas nuestras primeras lecturas románticas o mitológicas acudían al pensamiento como una danza llena de visiones, poblada de seres extraños, de dioses, de semidioses, de guerreros, de ninfas, de nereidas, de vírgenes, de templos sagrados donde se hacía el sacrificio del amor, de héroes, de amantes, púrpura de reyes y de cardenales, coronas y tiaras, velos de danzarinas, curvas de mujer, pedazos de estrofas, músculos de hombre, toda la vida del alma flotando como un sueño alrededor de nuestras febricientes cerebraciones infantiles.

Era nuestro río, era mi río; me pertenecía todo entero, como me pertenece la vida hasta que Dios me la quite, y me lo han robado despiadadamente los ingenieros, los comerciantes, los marinos, todos esos bandidos que se creen con derecho a apoderarse de la naturaleza porque así conviene a sus negocios, a sus mal llamados intereses, al ansia de lucro, al afán terrible de despoetizar el mundo, que a eso sólo tienden todos los que tienen puesto el corazón a la derecha. ¡Ah, si la justicia del cielo supiera castigarlos, cómo se arrepentirían del mal que nos han hecho a nosotros los pobres porteños, los porteños de ayer, que amábamos los sauces de las riberas, las toscas, el musgo de la orilla, los saguaipés cogidos entre las plantas acuáticas y las mojarritas tomadas a manos llenas de entre los pozos de las rústicas lavanderas de aquellos tiempos!

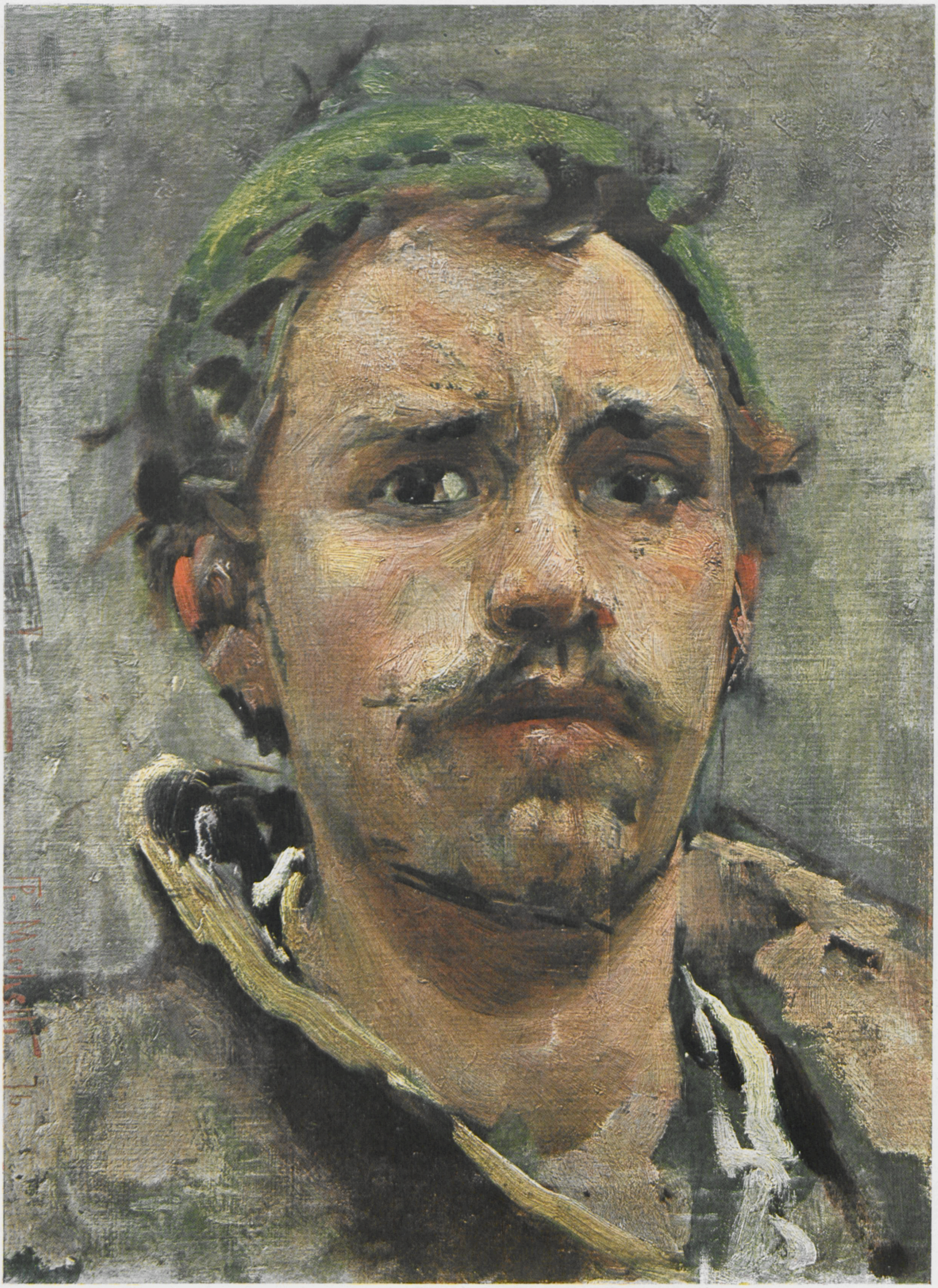
Estaba todo abierto delante de la ciudad baja; sus brisas penetraban enteras por las calles coloniales, tendidas a cordel, como efluvios marinos; sus rumores subían por las barrancas empinadas como notas de una orquesta misteriosa; nada turbaba aquel silencio de playa inmensa que traía las olas cansadas, murmurantes, hasta el mismo pie de los sauces llorones, melancólicos centinelas que montaban la guardia a la luna, reina y señora del firmamento azul, madre del amor y del misterio, encanto de la mente soñadora, consuelo de afligidos y regazo amoroso de los que estábamos cerca de Apolo y de Venus.

Era hermoso mi río a todas horas y en todos los momentos; cuando plácido, hacía pensar en toda la extensión de la vida; cuando rugiente, llevaba a meditar sobre las borrascas de las pasiones humanas, que no acaban nunca, que son cada vez más feroces, más traicioneras, más cobardes y por lo mismo más violentas. El río manso y suave se transformaba, rugía, bramaba, empinaba sus olas coronadas de espuma, que venían volteando hasta la playa para romperse con estrépito en las toscas, «como al fin viene a estrellarse el hombre con su destino». Y siempre era hermoso, siempre grande, siempre inmenso, dominador en la dulce placidez de los días serenos y en el horror de sus borrascas formidables.

Los hombres de hoy no conocen, no saben lo que es amar intensamente esos ruidos gigantes y esos rumores dormidos. No pueden imaginar cuánta poesía, cuánta dulce emoción había en pasar las horas muertas y perdidas al pie de la vieja muralla donde las olas venían a morir suavemente; o debajo de los árboles, a la sombra de sus largas ramazones, en la tarde templada, al calor del sol muriente, preñado de resplandores rojos, que se quebraban en el agua tibia, espejo movible que rumoreaba sus voces apagadas en el oído, como una música que viniera de lejos, traída en alas de un escuadrón fantástico de ninfas...

Yo quiero que me devuelvan mi río... Lo queremos todos los hombres de mi tiempo... Está bien que somos viejos y que no podemos gritar muy alto para que nos oigan, pero nuestras canas nos dan derechos inalienables. Además, nuestro porteñismo acendrado es tan respetable como los intereses de los comerciantes y de los marinos. Ellos amarán el dinero, pero nosotros amamos nuestra tradición, nuestros recuerdos, nuestros primeros años, que nadie puede quitarnos.

Yo quiero que me devuelvan mi río todo entero, como era antes, sin quitarle ni ponerle; con sus pescadores arrastrando la red hasta la playa; con sus carros trasportando los pasajeros de los buques de vela que llegaban de la vieja Europa; con sus lavanderas con los faralaes subidos a la rodilla; con sus pescadores de caña asoleados durante la tarde entera; con sus botes verdes y rojos balanceándose al costado del muelle; con sus velas latinas semi perdidas en el horizonte; con sus reflejos de plata y de oro; con todas sus sinfonías, con todos sus encantos, con todo ese mundo de chiquillos ruidosos que corrían por las arenas, al aire los músculos nacientes, y las piernas rollizas, y las espaldas tostadas, y los rostros alegres, y el alma en el cielo, y el corazón encendido ante la majestad del río incomparable, más grande que un mar, que nos lo han robado los comerciantes, los marinos, los gobiernos, que no han tenido nunca corazón; porque se lo quitaron en la cuna unas viejas brujas azuzadas por una señora muy paqueta, muy bien puesta, con corona, con diamantes, con luces, con muchos adornos, que dicen que se llama Civilización, pero que debe ser una persona muy mal educada.



AUTORETRATO
de
FRANCISCO • PABLO • MICHETTI

OLEO

PLVS VLTRA

PROPIEDAD DEL DR.
CLARO C. DAVEN



IRURTIA

ROGELIO IRURTIA está entre nosotros; ha llegado como llegara otras veces: silenciosamente. Le sabíamos en Buenos Aires, y sabíamos, también, que a Irurtia hay que buscarle afanosamente para verlo. Alguien, que es su amigo, nos dijo donde vivía: en Belgrano, en una casa con un gran jardín, sobre el cual se abren las ventanas del aposento de Irurtia, y entonces se nos ocurrió ir a visitarle.

La esperanza tentadora de ver al viejo amigo y conversar una vez más con el admirado maestro, nos fascinaba; y una mañana estival, después de recorrer una larga calle bordeada de árboles que extienden sobre el transeunte un toldo mágico de verdor, arribamos a la casa, que en un rincón apacible de esta bulliciosa urbe sirve de refugio a Rogelio Irurtia.

Poco ha cambiado desde la última vez que le vimos en tierras extranjeras. Quizá algunas canas más han atenuado el negror de los cabellos y algunas pocas arrugas prematuras surcan simétricamente la cara, acentuando aún los rasgos reveladores de ese tumultuoso desfilar de ideas que hacen rica e intensa de emociones espirituales la vida interior de este hombre. Veinte años vividos lejos del terruño, alejado aún de las mismas gentes,

FOT. DE VARGAS.

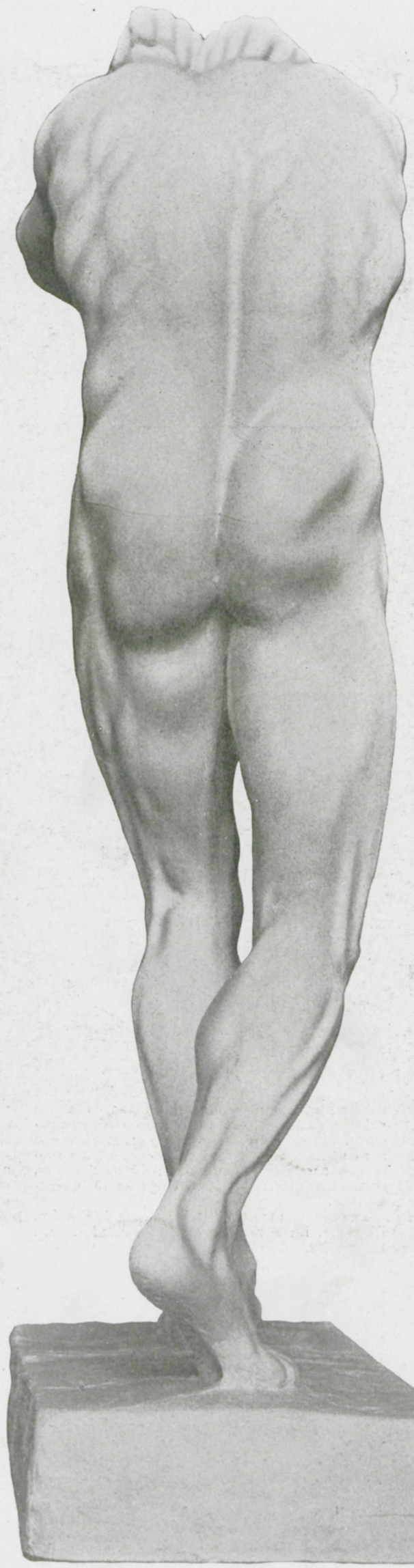
no han debilitado sus entusiasmos ni han trocado sus ideales. Porque hay en este compatriota nuestro un grande y sincero amor por la soledad; no el amor del que huye del mundo arrastrado por la garra cruel de la misantropía, sino por aquel inefable cariño que muchos sentimos por la naturaleza; veinte años que en lugar de apartar a Irurtia del mundo de las cosas, le han llevado a penetrar más honda, más intensamente en él. Hombres como este no han menester para saber de penas y de regocijos, que hacen tristes y hacen alegres a los mortales, de verlos todos los días ni de vivir en la perpetua compañía de ellos. Basta que ese espíritu sutil y ese corazón bueno que palpita con las eternas inquietudes que el misterio del Cosmos sembrara en todo ser humano, se asome ocasionalmente a la gran ventana que mira a la vida presente y que se abre, como un grande ojo interrogador sobre la existencia futura. Miríadas de cosas y de almas surgirán entonces, y la vida develará más de un silencioso e inexplicable secreto. Rogelio Irurtia ha contemplado ese incomparable panorama, y por eso sabe de dolores y de alegrías, de esperanzas y de luchas y sólo busca su galardón en la propia esencia de su obra, puramente humana y exclusivamente para la humanidad.

Sólo bastaría para justificar el prestigio envidiable de que este escultor goza en el mundo del arte, su sinceridad y su probidad artísticas. Estas le han mostrado, allá en las lejanías del largo camino, la inmaculada flor de la verdad. Irurtia, sin mirar atrás, sin calcular el trecho ya recorrido ni la inmensa ruta que se dilata frente a sus ojos; sin detenerse a recoger las flores que abren sus corolas al borde de todos los caminos, sin evitar guijarros ni rocas que hacen penosa la marcha, como los peregrinos de los lugares santos, va hacia el ansiado fin, fijos los ojos en el horizonte, suspensa el alma y suspenso el corazón.

Conversar de arte con Irurtia, es hojear el sagrado libro de la más pura de las religiones. Porque en su espíritu panteísta el arte lo involucra todo. Habla Irurtia, y el hombre tímido y silencioso que todos conocemos, sin abandonar esa serenidad que forma en él parte de su propia naturaleza, se transforma en un niño locuaz y expresivo: en un niño sabio que piensa con el alma y habla con el corazón.

¿La forma? ¿La expresión? He aquí la eterna pareja de enamorados que se buscan, que se estrechan, que conciben la bella, la inapreciable obra de arte.

Pero el símbolo, la expresión esclava del símbolo, suele imponerse a la forma. ¿Y qué es de la escultura entonces? Rogelio Irurtia, que en la plasticidad de la línea es un maestro, en la aplicación del símbolo, de la expresión es un genio. En esto, quizá, este maestro de nuestra Argentina, va más allá de donde llegaron los artistas helénicos. Los escultores de la antigua Grecia todo lo sacrificaban a la forma; la línea severa, aunque no exenta de gracia; los contornos firmes y decididos. No se abusaba del símbolo, pero tampoco se buscaba la expresión. Hay en esas formas nobles, sobrias, armoniosas, una vida pobre de emociones y huérfana de sentimientos. Sólo en ciertos grupos escultóricos, productos de la época llamada de la decadencia, se descubre una manifiesta preocupación por la expresión y el sentimiento. En las figuras salidas del cincel de Irurtia, palpita una vida más intensa, de más calor; vidas por las cuales pasa la fantástica caravana de las terrenales pasiones y las humanas inquietudes. Y pasan, no con la furia del torrente, dando a los vientos la espuma de su



ira y las lágrimas de sus pesares, sino silenciosamente, serenamente, como los lagos profundos y umbrosos, testigos de misteriosas tragedias. El dolor y la pena, la alegría y el regocijo, se sienten palpitar bajo la suave epidermis. Palpitan en esa contracción muscular, en esa vibración que se desparrama por el cuerpo obedeciendo a una ley anatómica. Ni gestos, ni ademanes; los hombres de Irurtia sufren y lloran, sin muecas, sin lágrimas. Todos esos sentimientos que hacen del alma humana lo más complejo de todo lo creado, están serenamente impresos en las figuras de Irurtia; impresos, decimos, porque a pesar de ser esencialmente espirituales, se presentan, se revelan ante nuestros ojos como cosas tangibles.

Si Irurtia modelara hoy día el *Laocoonte* todo ese dolor, toda esa suprema desesperación que miles de generaciones han admirado en la figura principal de este grupo, hubieran recibido del cincel del maestro argentino otra interpretación. Sería el mismo dolor, el mismo sufrir; la misma angustia y el mismo esfuerzo impotente. Pero todo iría envuelto en un ritmo más pausado, más sereno. Todas esas sensaciones estarían allí, con la misma intensidad; pero sin la fuerza dramática, sin el efecto casi teatral que conocemos. Las figuras no mostrarían tantas contracciones, ni serían el gesto y los ademanes lo que indicase el sobrehumano esfuerzo. La forma, dentro de la más simple de las plasticidades, diría todo eso; y lo diría con la elocuencia plena de esa convicción basada en el sentimiento y en la serenidad. Hablar de veinte años de continuada labor y no recordar la obra ya realizada, sería imperdonable; especialmente aquí en nuestro país, en el país de Irurtia donde tanto se le ha discutido.

Irurtia, a quien jamás llegaron ni alcanzaron tales críticas, viene ahora a radicarse entre nosotros y trae consigo toda su obra, la verdadera obra que él realizara en el obscuro silencio de esos largos veinte años. Quizá para nuestro público, el público inocente y fácil de engañar, acostumbrado a pensar que es arte ciertos adefesios que afean nuestros paseos y plazas, esos fragmentos de bronce, esos trozos de mármol que pronto exhibirá Irurtia, no despierten en ese público ningún entusiasmo.

Escasean los grupos escultóricos; no hay nada de esa teatralidad que es tan cara a las muchedumbres; sólo contemplaremos fragmentos de cuerpo humano; bustos, torsos, miembros aislados; cabezas de hombre, de mujer o de niño: pero magistralmente diseñadas, llenas de vida y de movimiento, verdaderas maravillas anatómicas, verdaderos documentos psicológicos. Su monumento a Dorrego, ya está siendo fundido en París; en seis meses más le veremos aquí, en Buenos Aires, y *El canto al trabajo*, grupo escultórico monumental, ya terminado y listo para la fundición, ejecutado por Irurtia por encargo de la municipalidad de Buenos Aires, puede considerarse como una de las obras definitivas de este maestro. No ha seguido, en su realización, los viejos y clásicos cánones de la escultura. Es una muchedumbre de hombres; de hombres a quienes el trabajo agobia y que hallan el apoyo físico y moral en la mujer. Mujeres y hombres aparecen, marchando lentamente, con la admirable serenidad de que habláramos más arriba. El aire y la luz circulan libremente entre las figuras, dejando al descubierto, frente a los ojos del que las contempla, las líneas maravillosas de los cuerpos desnudos. De esos músculos, de esa piel, estirada, sudorosa, surgen como de una fuente inagotable las pasiones y los dolores del mundo.

C. MUZZIO SAENZ PEÑA



ESTELA no había sido feliz en su primer matrimonio. Casada demasiado joven, hubiese necesitado un marido que comprendiera sus caprichos de mimosa ingenua y la siguiera en sus traviesas genialidades pueriles sin oponer a su irritable voluntad indiferencias ni contradicciones. Pero Rodolfo tenía toda su atención para la música, y es sabido que las mujeres no toleran en nada competencia, ni aun de las cosas más espirituales.

Ella había soñado que la música no fuera para Rodolfo sino el medio que lo encumbrara al mundo superior del lujo y las comodidades, que era el más alto que ella alcanzaba.

Esperaba verle triunfar en la escena, conquistando él ovaciones clamorosas y ella miradas de admiración desde el mejor palco del teatro. No fué así. Rodolfo desdeñaba las victorias efímeras, y, entregándose plenamente a una transcendental concepción sinfónica, tributaba sin firma sus obras subalternas a las exigencias del presupuesto doméstico. En lugar de audaz aviador de éxitos, era un obscuro héroe de trinchera. Sin embargo, amaba a Estela, bien que a su modo y sin penosas renuncias, siendo esto lo que a ella la desencantaba, pues la mujer, como los dioses paganos, exige culto de sacrificios.

La obra del maestro llenaba la casa de tiranías. El piano, los libros, los papeles pautados, eran intangibles.

La misma Estela se vió un día abandonada de él en una fiesta. Cuando regresó a casa, sola, lo encontró entregado a la armonización de un motivo.

Desde entonces comprendió su fracaso, resignándose a ser la tercera persona de aquella adúltera trinidad.

Sin duda la vida es siempre un poco absurda, capitalmente en la mujer, que tiene tan sutil sentido de la realidad, de modo que aquella consecuencia de Rodolfo con su entusiasmo artístico la encontraba Estela tan extraordinariamente natural que no alcanzaba a comprenderla.

Era una fiebre perenne, una viva emoción continua, una incesante emanación de acordes, corriente pensativa de alta tensión de un alma en terca actividad generadora. Se diría que vibrara en el aire un flúido intelectual, atmósfera cargada de extraños efluvios cerebrales.

Los últimos días de Rodolfo fueron terribles. Consumido por su propio fuego interior parecía que toda su materia se espiritualizaba en armonías que quedaban flotando en el ámbito de la sala. Cuando reunidos todos sus apuntes escribió en la cubierta: «Sonata en do menor, op. 1», no quedaba de él más que un vestigio humano. Dos días después lo enterraban, llevando bajo su cabeza yacente, por expresa voluntad, el formidable manuscrito.

Es lógico que Estela odiase la música y se volviera a casar en cuanto pudo, pero esta vez con un modesto empleado, Carlos Lima, que no sentía homicidas inquietudes de arte. Era una de esas almas blancas que carecen de vida interior, especie de copas vacías que casi nunca llena ningún licor espiritual. Su dulce luna vagó por los recreos de las islas del delta y, ya en cuarto menguante, volvieron a la casa. Estela miraba con recelo el piano, y hasta quiso venderlo, pero luego convino con Carlos en que era un bonito mueble que decoraba bien la sala.

Raramente salía de la casa Carlos. Sus horas libres las pasaba en la casa leyendo la biblioteca de su antecesor, biografías de maestros célebres, historias de la música, monografías de obras famosas, estudios críticos. A pesar de su oído lamentable, silbaba ahora con frecuencia, asomado al balcón, en las noches templadas, mirando las estrellas. Un día destapó el piano y deslizó sobre el teclado sus manos torpes, suscitando un agrio y doloroso quejido. A veces se quedaba meditando largo rato.

—¿En qué piensas? —le preguntaba su mujer.

—En nada. Siento como una vaga melodía.

Cada vez eran más frecuentes sus ensimismamientos. Quedábase embobado mirando un punto fijo como si escuchara una voz dulce y distante. A ratos movía la cabeza siguiendo el compás de una música imaginaria. Poco a poco iba perdiendo la memoria directriz que coordina los actos usuales de la vida.

No se sentía bien más que en aquella sala, entregado a una divagación sin pensamientos, dejando flotar su espíritu como una burbuja en una suave corriente. Cuando Estela pretendía sacarlo de sus éxtasis, se irritaba violentamente. Después le pedía perdón llorando como un niño.

—¡Oh!, era un gran hombre Beethoven —repetía siempre.

No tardó en producirse una violenta crisis. Sentado en el mismo sillón que había usado Rodolfo, le parecía que una fuerza exterior quisiera organizar en su cráneo complicadas fórmulas de rayas y signos cabalísticos.

A veces se ponía a escribir cediendo a un ajeno impulso, y, abandonando el lápiz después de haber trazado algunos garabatos, exclamaba con desaliento:

—No puedo, no puedo.

Un día se levantó inquieto, nervioso. La noche anterior había sido terriblemente bochornosa. Aquella mañana grandes cúmulos asomaban sobre las últimas azoteas del horizonte de la ciudad. Carlos se encerró en la sala. Vagaba por ella como un sonámbulo. Después se sentó en un sillón.

Pasaron tres horas en un profundo silencio.

Alarmada Estela, llamó inútilmente a Carlos. Pidió auxilio temiendo un accidente.

Violentada la cerradura entró en la sala un médico de la Asistencia, que encontró a Carlos desmayado.

Sobre la parte superior de un pliego de papel había escrito con letra que no era la suya: «Sonata en do menor, op. 1», y debajo un confuso tropel de notitas negras que semejaba una dispersión de hormigas.

J O S E M A R T I N E Z J E R E Z

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA



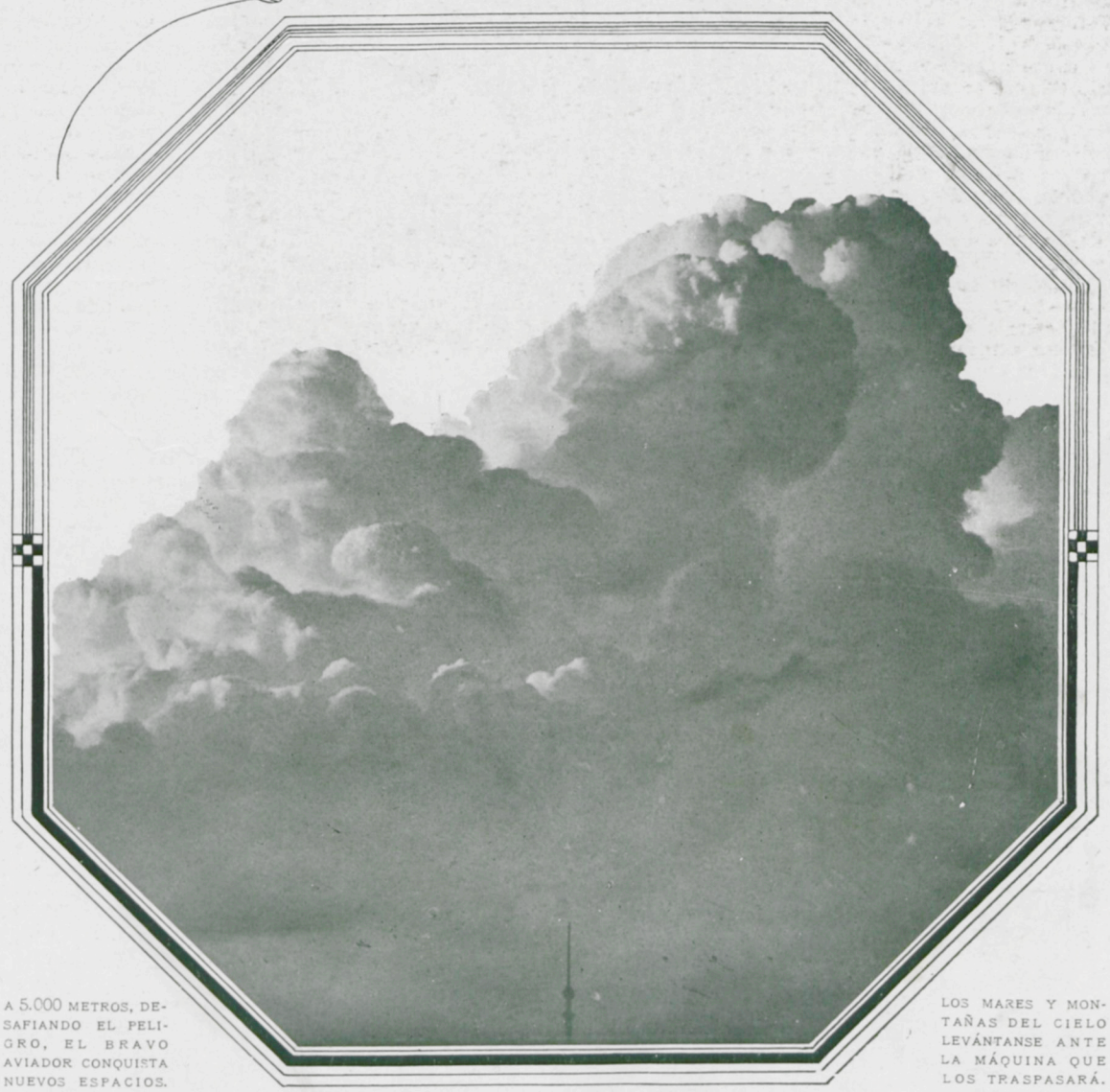
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Cada vez más arriba y durante más tiempo. *Excelsior*, la enérgica palabra de las ascensiones espirituales, ha entrado en los dominios del *record*. Cada vez más arriba, allí donde las nubes pierden sus proteicas formas, donde la imaginación no sabe ver en ellas otra cosa que un mar de neblina espesa.

Hace pocos años, solamente el aeróstato era capaz de subir, prisionero del aire, como una burbuja de aire, hasta la región que las águilas y los cóndores tenían reservada. Hoy, los bravos conquistadores del espacio ascienden en pocos minutos, y el trepidar de la máquina turba el silencio de las alturas. Hoy, por poco corazón que tenga, el hombre puede acompañar a los héroes en el vuelo hacia el ideal.

El navegante ensanchó los horizontes marinos; el aeronauta ensancha la bóveda celeste en proporción a la grandeza de esos horizontes. Cada vez más arriba y durante más tiempo. Así tomó forma una aspiración humana que Icaro personifica desde hace muchos siglos. Los caminos del mundo se acortan y se elevan, emancipándose de los obstáculos terrestres. Pronto quizás, dentro de algunos años, indudablemente, la senda aérea tendrá tanta firmeza como las antiguas rutas del terruño.

Incalculables son las consecuencias espirituales de tan enorme conquista, porque la imaginación y la lógica no pueden prever los aspectos de la nueva vida. Por lo pronto, casi todas las ventajas del vuelo las aprovechó la guerra. En los ejércitos antiguos las águilas reposaban sobre las banderas. Ya se han cernido dominando los campos de batalla, ensanchándolos también para llevar la muerte a las alturas. La sangre ha corrido por los cielos, entre nubes, sin mancharlos. Tal vez se hirió a sí misma llegando al límite de su poder, allí donde se inicie su decadencia y su muerte.



A 5.000 METROS, DESAFIANDO EL PELIGRO, EL BRAVO AVIADOR CONQUISTA NUEVOS ESPACIOS.

LOS MARES Y MONTAÑAS DEL CIELO LEVÁNTANSE ANTE LA MÁQUINA QUE LOS TRASPASARÁ.



FOTOGRAFIA de FRANS VAN RIEL



PAGINA FEMENINA

Buenos Aires, 15 de febrero de 1920.

Un año más, y la expectativa de todos los que viven de la esperanza o del recuerdo está pendiente de la llegada del Carnaval...

Una de las razones de su prestigio, a pesar de su larga y accidentada vida, es la sugestión que ejerce en todo espíritu femenino la idea de la mascarada, la ilusión de encarnar, más o menos fielmente, alguna de las más admiradas figuras de la historia, o de revestir las galas de países exóticos o de personajes que ha hecho célebres la literatura. Pero nada favorece la intriga como el enigmático dominó negro, que realza la radiante juventud o que disimula discretamente la lejana primavera...

El eterno femenino halla sabor especialísimo en trocar su personalidad y en hacer gala de su ingenio, autorizado por ese paréntesis de la vida normal en que las mayores locuras, así como las mayores extravagancias se perdonan y hasta se aplauden.

Pero no será esta vez la ciudad del ruido la que agite más sus cascabeles. Todo el elemento brillante ha emigrado para festejar el Carnaval en las playas a la moda o en los pintorescos alrededores de la gran ciudad.

En Mar del Plata, en el Tigre, etc., se bailará sin descanso, olvidada la juventud por un momento de la cruenta guerra que ha asolado al mundo y de los problemas pavorosos del mañana.

El ingenio femenino se aguza, pues, para combinar o inventar un nuevo disfraz en el que pueda armonizar, cosa difícil, la enigmática *tapada* de otros tiempos con las osadías inconcebibles del vestir actual. ¿Y por qué decimos del vestir actual? Por aquel prurito tan humano que nos hace asegurar que todo tiempo pasado fué mejor...

Y, sin embargo, las épocas se suceden trayendo aparejadas las mismas idiosincrasias, sin que el ejemplo o la censura hagan mella en las masas, siempre esclavas de la última palabra de la moda.



Y así en 1812 era popular una canción que el bibliófilo Jacob nos hace conocer en su libro *Les arts et costumes de Paris a travers les siècles*, publicado en 1869, que dice:

Grâce à la mode
On va sans façon
Ah! que c'est commode!
On va sans façon
Et sans jupon. (Bis).

Grâce à la mode
On n'a plus de corset:
ah! que c'est commode
On n'a plus de corset
C'est plus tôt fait!

Grâce à la mode
On n'a plus de fichu.
Ah! que c'est commode!
On n'a plus de fichu
Tout est déchu!

Grâce à la mode
Plus d'poche au vêtement
Ah! que c'est commode!
Plus d'poche au vêtement
El plus d'argent.

Grâce à la mode
Une chemise suffit
Ah! que c'est commode!
Une chemise suffit.
C'est tout profit!

Grâce à la mode
On n'a qu'un vêtement.
Ah! que c'est commode!
On n'a qu'un vêtement
Qu'est transparent.

Grâce à la mode
On n'a rien d'caché
Ah! que c'est commode!
On n'a rien d'caché
J'en suis faché.

. . . . . .

Como las figuras de líneas estatuarias son ya tan conocidas, si no las envuelven los pliegues del clásico dominó, por más que el rostro vaya celosamente cubierto, será muy fácil reconocer a las que llevan el cetro de la moda con todo el rigor de la actualidad, que nos hace evocar la popular canción de un siglo atrás...

La ciudad del ruido se ha despertado silenciosa envuelta en la bruma de un día gris, con la perspectiva melancólica de no tener ni un coche ni un auto de que disponer, y gracias a la imposición de los señores aurigas, ni siquiera derecho de usar los automóviles propios... de manera que va resultando inútil el hacer programas carnavalescos. Cuando no son los ferrocarriles que deciden no transportar pasajeros a las fiestas suburbanas, ni traerlos a la metrópoli, son otros los que disponen la reclusión forzosa de la gran mayoría de los entusiastas por la alegre mascarada.

Habrán de resentirse también de esta huelga los bailes que se preparan en todos los pueblos de los alrededores.

. . . . . .

Involuntariamente surge en el recuerdo de las que hemos vivido en otras épocas de la actividad mundana porteña, y prisioneras hoy, en la ciudad del ruido, la animación y el entusiasmo con que se realizaban los suntuosos y tradicionales bailes del Club del Progreso, allá en la vieja casa de la esquina de Victoria y Perú...

Tiempos aquellos en que muchos de los *high life* hacían su corte recitando estrofas del *Idilio*, de Núñez de Arce, debilidad en que no caería un *snob* de hoy... Epoca en que las porteñas arrogantes no emigraban de la gran ciudad y en que podíamos admirar cruzando los salones del viejo club, a una Aída irresistible, encarnada por la radiante belleza de Teresa Urquiza; la gracia y el encanto especialísimo de Arminda Saavedra, las interesantes figuras de Catalina Cueto y María Catelín, y otras tan hermosas y elegantes que guardaban riguroso incógnito, como la gallega que electrizó una de aquellas reuniones con su gracia y su picardía, o como aquella otra que, vistiendo la sombría toga de abogado, más hábil e ingeniosa en el arte de engañar que cualquier eminencia de nuestro foro, despertó el entusiasmo de un numeroso grupo de admiradores, por su fino talento y por el impenetrable misterio de su disfraz.

Una figura destacada, olvidada ya, después de haber conocido las cumbres de la notoriedad y de la fortuna, y de haber recibido honores de países extranjeros, paseó una de aquellas noches los salones del club, ostentando las galas de la más infortunada de las reinas de Francia, y luciendo la banda de Dama Noble de María Luisa, condecoración con que fuera honrada en aquel entonces. Algunos años después moría pobre y sola, recordando tal vez en su agonía aquellas horas triunfales en el aristocrático y tradicional centro porteño...

. . . . . .

El cuadro se renueva siempre: el diminuto antifaz o los velos misteriosos disimularán los rostros de las que empiezan a vivir ahora y que anhelan disfrutar también de esas horas de aturdimiento y de bullicio. Majas, aziyadés, schehérazades, marquesas o gitanas, y, sobre todo, los sombríos dominós, repetirán las mismas escenas que contemplaron nuestros ojos hace veinticinco años, y habrá risas y entusiasmos y esperanzas en este Carnaval, como los hubo antes, a pesar de todas las catástrofes y a pesar de todos los pesimismos...

LA DAMA DUENDE.





MODELOS DE PARIS

DURANTE LA PRÓXIMA TEMPORADA LÍRICA ADMIRAREMOS, SIN DUDA, EL TAPADO «NEGUS», UNA DE LAS MÁS HERMOSAS CREACIONES PARISIENSES, DE «LAMÉ» VERDE Y ORO CON CANESSU «LAMÉ», DE TERCIOPELO NEGRO, GRAN ECHARPE DE GASA TERMINADA POR UN BORLÓN, CUELLO DE RENARD.



La Comiquita

MANUEL AZNAR

ILUSTRACIÓN DE CENTURIÓN

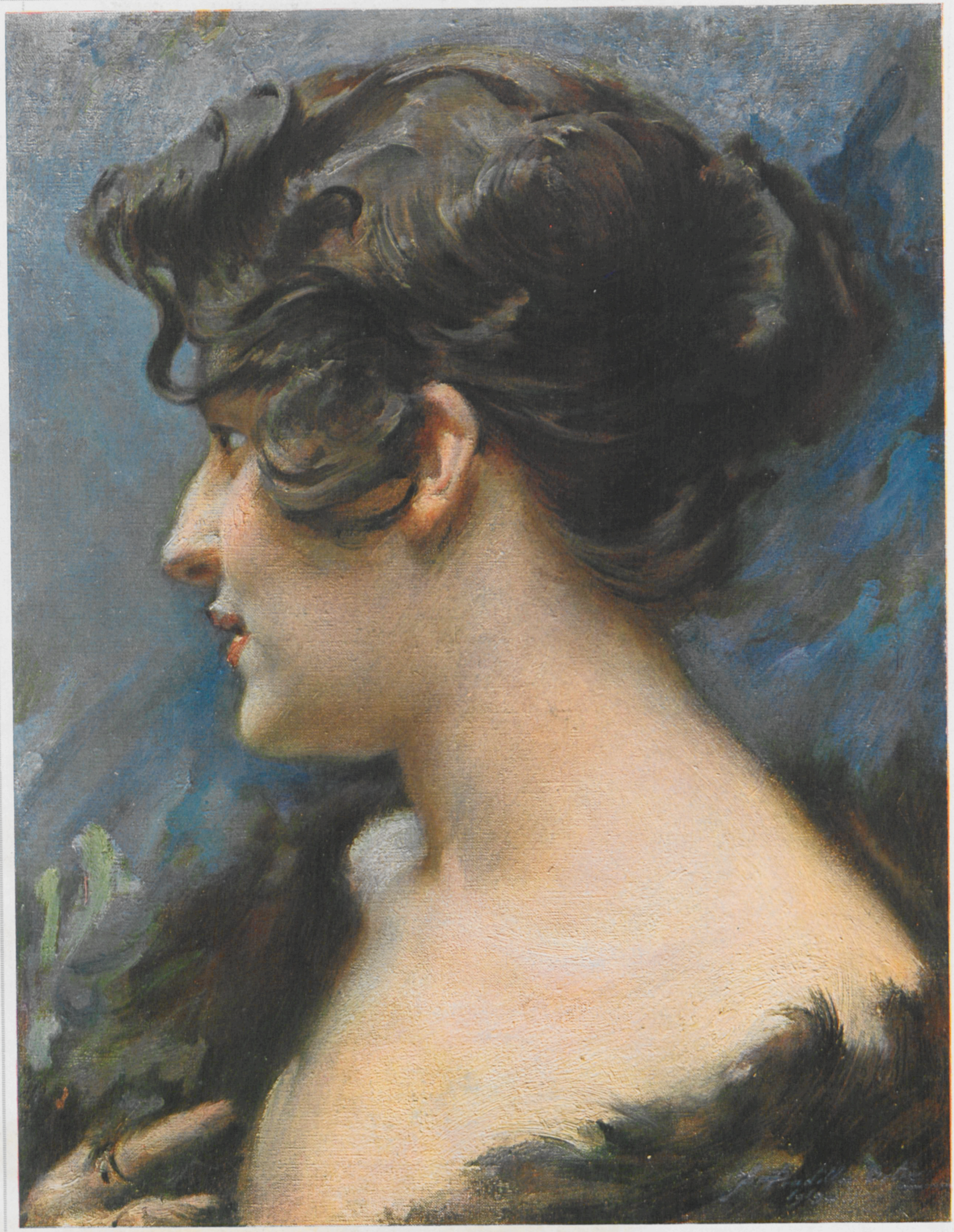
Esta mañana han llegado al hotel unos cómicos. Los pobres se han alojado como han podido; han salido después a *caburear* por las calles, y han vuelto a las mil y quinientas, diciendo que todo es uno y lo mismo, como el gran Spinoza. El más locuaz se ha atrevido a decir que todos los pueblos son absolutamente iguales, y que no ha podido ver más que unas calles, una plaza, una estatua... El drama universal, según ese hombre, es de una imponderable igualdad acá, allá y en todas partes. En pocos lugares ha sentido el cuitado ese calorcillo espiritual que estimula a los cómicos. Y eso que el actor ha trabajado siempre en compañías excelentes de esas que llevan seductoras damitas y fascinador atuendo. En todas partes han tenido que luchar bravamente esas almas errantes y cascabeleras como la gloria de la farándula. Los pueblos, terriblemente austeros, se empeñan en no ir al teatro, en no divertirse más que el domingo, «en matarnos, señor, en matarnos». Y ha acontecido que una damita — he ahí lo más inaudito que ha podido pasar en un hotel descolorido y vulgar — ha hecho un leve movimiento de hombros y se ha alejado después, poniendo en su sombrilla el versallesco encanto de un tirso.

Luego, el viejo hotel ha seguido dormitando en su eterno aburrimiento indecible. Han sonado unas campanadas cristalinas, lentas, iguales, sugeridoras como una alusión mística. La tarde ha seguido hilando el copo de la monotonía pueblerina. Y he pensado que aquella comiquita gentil que hizo un mohín delicioso y en quien todos han podido admirar unos ojos llameantes y un lindo rostro pálido, ha dado a todos una bella lección. Los corazones sabios saben disipar, sonriente, la niebla de la tristeza diaria. ¿Qué importa que los pueblos sean un poco incomprensivos y un tanto egoístas, si las víctimas de todo eso comienzan por encogerse de hombros? Si no es posible modificar las cosas del medio, modifiquemos las reacciones de nuestro ánimo. ¿Acaso no es más bello infinitas veces el sabio gesto de esa mujercita enigmática que el gesto avinagrado de nuestros pobres amigos? Sobre un alma optimista no debe pesar el hotel hórrido, ni el pueblo ensimismado...

De pronto, el hotel ha comenzado a vibrar como una caja de música. El viejo piano del *salón* de visitas se ha reanimado jovial y ha respondido con un capricho de extraño lirismo. Acordes de guerra, arpegios de serenata, vagas reminiscencias de un baile antiguo, han resonado en galerías y aposentos, proclamando la habilidad de unas manos. Y he creído que al conjuro de aquellas voces, se ha ido rejuveneciendo el hotel. Los menos ávidos de poesía han debido pensar, entreabriendo unas puertas y escuchando en silencio, que el milagro está bien. ¿Acaso, hay nada más admirable que el sortilegio de una música? La música ha resonado guerrera, insinuante danzarina. Déspues ha habido una pausa y, al cabo, se han dejado oir los acentos mimosos de un tango. La comiquita se ha puesto a evocar la tristeza del *cabaret* y el vuelo audaz de una mosca de oro. A media voz ha dicho la letrilla: «¡Oh, el tango aquel!» Y el viejo piano, el piano de teclado amarillo, que parece un triste recuerdo en la obscuridad de la destartalada estancia, ha puesto en su voz la melancolía de un gran infortunio.

A mí me han conmovido los acentos del viejo piano. Mejor dicho, a mí me ha emocionado el encanto espiritual de esa damita que ha sabido poner el pensamiento más lejos de la realidad que del arte. Sin duda — he pensado — esa mujer es un ser adorable. Ella ha oído decir que todo es lo mismo, y ha echado a andar haciendo un leve mohín. ¿Qué tiene ella que ver con las mezquindades del pueblo? Todo eso no merece ni un movimiento de hombros. Si el pueblo no tiene más que unas calles, el hotel tiene, en cambio, un piano viejo, y ella unas manos marfileñas y hábiles. No hay más que pasar al *salón* de visitas, descubrir el amarillo teclado y ponerse a tocar cualquier cosa, para que brote la armonía y se consuelen las almas. Y será siempre, mientras ella sea ella, que a su paso, había un poco de emoción en todos los hoteles de pueblo y en la desolación de hombres innúmeros. Una comiquita es, y debe ser siempre, la inquietud que pasa, la dicha que se insinúa, la ilusión que aparece. Si así no fuera, ¿qué sería del alma de esos viejos hoteles donde resuenan, hora tras hora, unas campanadas monásticas, cristalinas, lentas, sugeridoras?...

He ahí por qué he comenzado a enamorarme de la comiquita gentil.

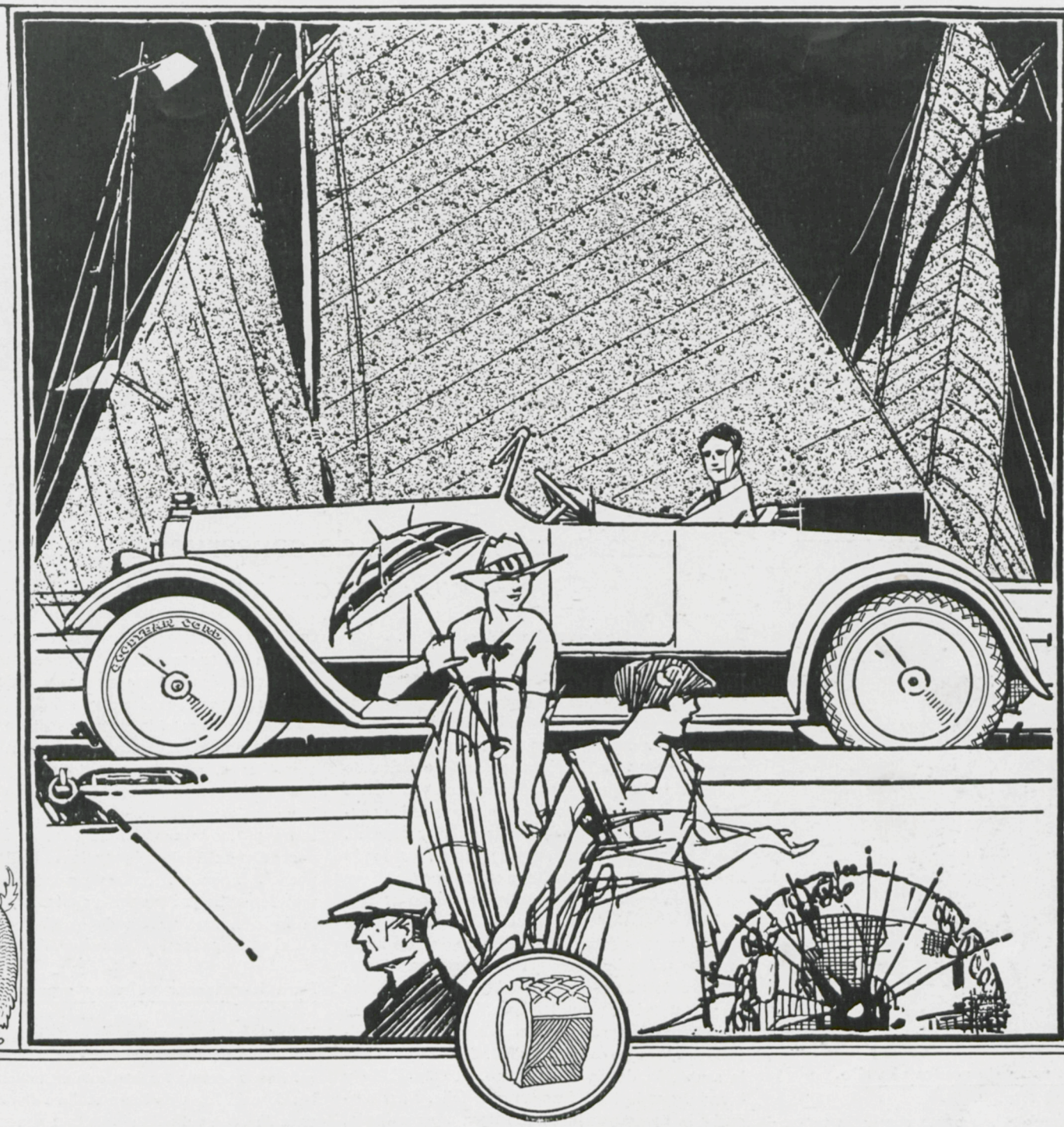


Estudio

Oleo de Francisco Pradilla Ortiz

DE LA COLECCIÓN DE DON VICENTE LEVERATTO

PLVS VLTRA



El Uso de Gomas Neumáticas Acordonadas GOODYEAR Es Una Economía Segura

Entre las muchas cualidades que estas gomas poseen, se encuentran la gran comodidad que traen consigo, la economía en los gastos de gasolina y manejo, y el mayor número de kilómetros que recorren.

Si usted quiere gozar de las ventajas que trae una goma en que a la experiencia se añade la duración y a la flexibilidad la resistencia, entonces le recomendamos se provea de la GOODYEAR.

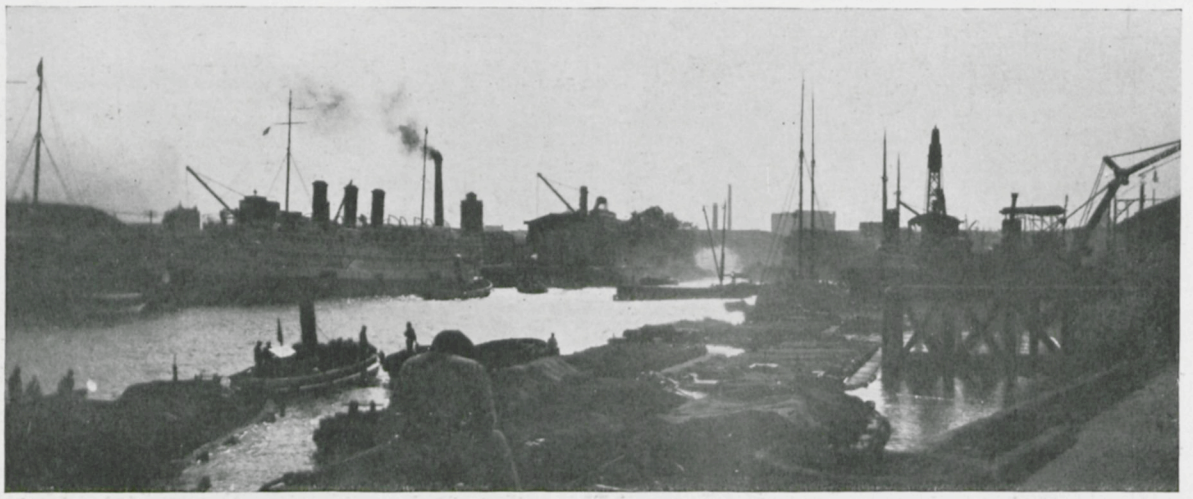
The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America

ALSINA, 902, esquina TACUARI — BUENOS AIRES

GOODYEAR CORD TIRES

EL ANOCHECER EN EL PUERTO

Invadido por la sombra creciente, el puerto toma un carácter de extraña poesía. Las cosas más vulgares se poetizan, y aquellas que a la luz del sol brillaban hermosamente se cubren de misterio. Es la hora en que nacen las siluetas que se recortan sobre la pamtalla obscura del cielo; en que el silencio, compañero de la sombra suaviza la vida, embelleciéndolo todo.



Ninguna mujer llega a la vejez prematura,

cuando se preocupa de conservar su belleza.

Por Mlle. ALICE DELYSIA



Eficaz remedio contra el vello.

MUCHAS damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento del vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata las raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

No tenga barrillos.

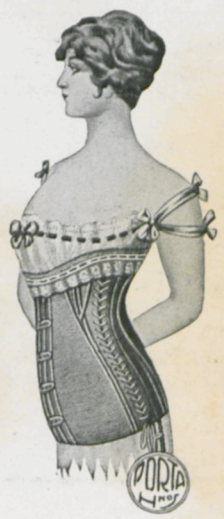
EL nuevo tratamiento para hacer desaparecer instantáneamente del rostro los molestos barrillos, puntos negros, grasitud y dilatación de los poros, es tan sencillo y agradable que me ha sorprendido ver todavía algunas damas ostentando tales fealdades en la cara, en las cuales es visible la depresión moral que tales contrariedades causan. El procedimiento a seguir es muy sencillo. Obtenga algunas tabletas de stymol, cuidando estén siempre bien tapadas y en lugar seco. Eche una en un vaso con agua caliente y bañe su rostro con ese líquido en seguida de cesar la efervescencia que el stymol produce, secándose luego con una toalla limpia y blanda. Observará inmediatamente una mejoría notable más asombrosa cuando usted vea que los barrillos han quedado en la toalla, la grasitud eliminada y los poros contraídos hasta su estado normal. Sentirá entonces la sensación de un cutis fresco, aterciopelado y blando, que la hará francamente feliz. Para asegurar la permanencia de tan lisonjero resultado, es preciso repetir el procedimiento algunos días después.

El procedimiento de absorción devuelve la juventud.

EL éxito ha coronado el esfuerzo de los hombres de ciencia que durante tantos años han estado buscando un método efectivo de quitar la piel exterior del rostro, en los casos en que dicha piel, debilitada y avejentada por el desgaste, da a la cara un feo aspecto de vejez prematura. El procedimiento descubierto no causa dolor ni daño alguno; y es tan económico y sencillo que sorprende de que no haya sido antes puesto en práctica. Está plenamente demostrado que la cera pura mercolizada, en venta en todas las farmacias, absorbe la cutícula gastada, vigoriza el cutis que hay debajo, y permite su aparición, hermosamente sonrosado y lozano. Dicha cera se usa por las noches, retirándola a la siguiente mañana con un poco de agua tibia. Este procedimiento tiende también a limpiar los poros obstruídos facilitando la función respiratoria de la piel, conservando así el color natural y hermoso del nuevo cutis.

Para hermosear y hacer crecer el cabello.

LOS jabones y los shampoo artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax disuelto en una taza de agua caliente ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado, limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada envase contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo, lo que, al fin y al cabo, resulta económico.



FAJAS SOBRE MEDIDA
PARA
HOMBRES Y SEÑORAS

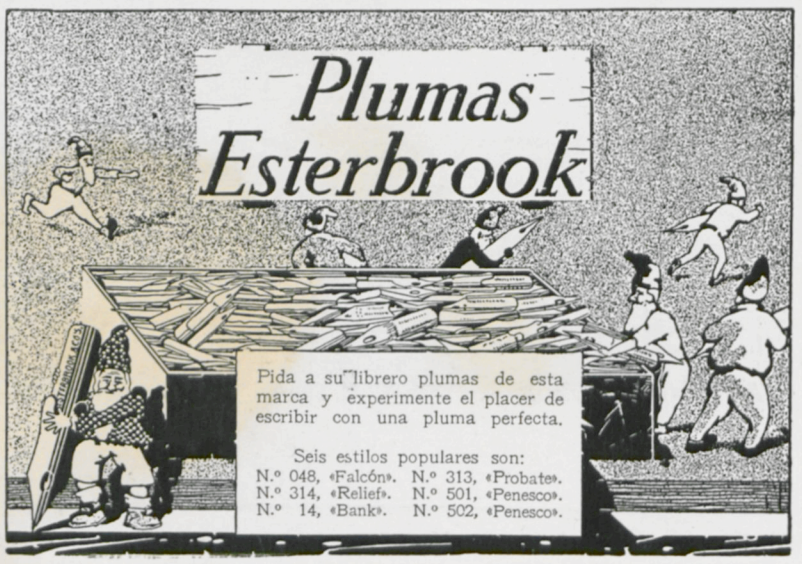
DISPONEMOS DE UN EXTENSO SURTIDO DE MODELOS, TANTO PARA EMBELLECER EL CUERPO COMO PARA CUALQUIER DEFECTO DEL MISMO.

SE APLICAN EN LAS FAJAS, PLACAS PNEUMÁTICAS (LEGÍTIMAS) PARA LOS CASOS DE RIÑÓN MÓVIL, DILATACIÓN DEL ESTÓMAGO, ETC., CON RECETA MÉDICA.

MEDIAS Y VENDAS ELÁSTICAS, BRAGUEROS, ETC.

PIDAN PRECIOS

PORTA HERMANOS
CALLE PIEDRAS, 341 - BUENOS AIRES





¡DEBES HACERME CASO!...

— ¡Guíate siempre por los dictados de tu corazón! ... No aceptes nunca imposiciones que vayan en contra de tus sentimientos de mujer.

Te dicen que este hombre labrará tu felicidad, porque es rico y ocupa buena posición social; pero a fe de mujer que ha vivido mucho el mundo, debo decirte que no creo puedas ser feliz al lado de este hombre, cuya peor señal de abandono es su horrible calvicie! ...

* * *

El mismo cuidado que Vd. dedica a su *toilette* debe Vd. emplear al detalle vital de su cabellera.

Un hombre desprovisto de cabellos descompleta el conjunto más armonioso. Hace la impresión de una persona vestida de etiqueta y descalza.

Usted puede poner fin a ese mal, empleando el remedio universalmente reconocido como INSUPERABLE:

"Específico Boliviano BENGURIA"

SU SÓLO NOMBRE ES UN SELLO DE GARANTÍA

Detiene la caída del cabello. Hace desaparecer la caspa.
Devuelve a las canas su color primitivo.

CURA LA CALVICIE

UNICO LUGAR de ventas y consultas en la República Argentina, atendido personalmente por el hijo del Inventor

Doctor RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1156 (PRIMER PISO) U. T., 5753. Libertad

CLÍNICA PRINCIPAL: SANTIAGO (CHILE) MONEDA, 875

SOLICITE FOLLETOS GRATIS

CERTIFICADOS:

Del Excmo. Señor Doctor Don Severo Fernández Alonso, ex presidente de Bolivia y ex ministro de su país en las Repúblicas de Chile y la Argentina:

Señor Doctor Rafael Benguria B. — Santiago. — Moneda, 875.

Mi estimado doctor Benguria:

Me demanda usted una opinión terminante sobre el Específico descubierto por usted, y los resultados que he obtenido con su uso.

En respuesta, me es grato decirle que considero en él reunidas tres condiciones esenciales: LA UTILIDAD, RAPIDEZ y EFICACIA, al menos son estos los efectos que yo he experimentado. La caída del cabello se detuvo y lo he visto brotar nuevamente.

Sea este testimonio de la gratitud de su atto. S. S. y amigo,

SEVERO FERNÁNDEZ ALONSO.

Del Señor Cónsul General de Bolivia en Valparaíso, Don Daniel Ballivian:

Certifico que con el uso del medicamento del señor Benguria, se me ha detenido en absoluto la caída del pelo, debiendo advertir que he empleado dicho medicamento durante muy poco tiempo.

DANIEL BALLIVIAN.

EXPOSICION "EXCELSIOR"

PARA INDUSTRIAS DE GRAN PORVENIR

Aves de 100 razas, huevos para empollar, Incubadoras modernas a lámpara o electricidad, Implementos para Avicultores, Colmenas, Enjambres de Abejas, Extractoras, Secadoras de Frutas, Máquinas de pelar.

PIDA CATÁLOGOS Y PRECIOS

CALLE BELGRANO, 499 BUENOS AIRES





VINOS

AUTÉNTICOS

DE

FRANCIA

MEDOC

$ 12 la docena

Pidan nuestro nuevo Catálogo ilustrado.

CHAMPAGNE DUMINY & DE MARSAT

LIQUEUR DE LA VIEILLE CURE

GRANDS VINS MOUSSEUX

COGNAC "LA GRANDE MARQUE"

INTRODUCTORES:

MAHLER-BESSE & Cía.

485 - LIBERTAD - 485

U. T. 741, RIVADAVIA

BUENOS AIRES

AGENTE DE VENTA PARA PARTICULARES
COMPAÑIA COMERCIAL de BUENOS AIRES
ACEVEDO & CIA.
FLORIDA 248 - U.T. 2894, AV.

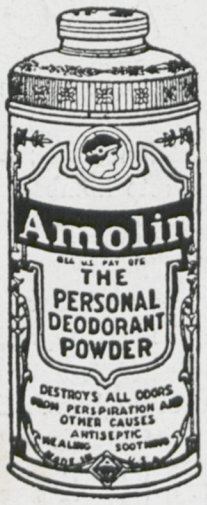
PARFUMERIE THISBE

PRODUCTOS

DE LUJO

SATISFACEN LOS GUSTOS MÁS EXIGENTES.

¿Desea usted siempre estar fragante y encantadora?



USE

Amolín

Un polvo maravilloso, blanco, no perfumado, antiséptico, absolutamente inofensivo a la piel más delicada.

AMOLIN neutraliza todo olor corporal desagradable, sin evitar la libre traspiración del cuerpo. No contiene Talco.

Se recomienda de un modo especial para duchas, desolladuras o rozaduras, no teniendo rival para aliviar el cansancio de los pies.

Para obtener muestra gratis y folleto explicativo, diríjase a cualquier droguería o farmacia.

Representantes para Sud América: LIGHTNER & LEON

BUENOS AIRES NEW YORK MONTEVIDEO

De venta en todas las Droguerías y Farmacias.

FABRICA: LODI, NEW JERSEY, E.E. U.U.

THE AMOLIN COMPANY



La elegancia de la mujer se avalora por los perfumes que usa.

Los más delicados y lujosos extractos son los

BICHARA

Nombres de algunos de los exquisitos perfumes:

CABIRIA
YAVANHA
SYRIANA
ROSE - ROSE
JAZMIN DE SYRIE
NIRVANA
SAKOUNTALA
AMBREE EGYPTIEN
MYRBAHA (MYSTERE HINDOU)
CHYPRE DE LIMASOL
ROSE DE SYRIE
VIOLETTE DE DAMAS
NAHILA
BOSPHORA
OEILLET D'ORIENT
DELICES DE PÉRA
INDIANA
GAUDIKA
LEILA EMIRAH

SACHETS POUR PARFUMER LE LINGE Y PEBETES

En venta en las principales Perfumerías o en el Depósito General:

1202, ALSINA, 1202 - BUENOS AIRES

U. TELEF., 1133, LIBERTAD

EN MAR DEL PLATA:

FOTOGRAFÍA "WITCOMB" - RAMBLA BRISTOL





Si el cuerpo languidece, el espíritu decae y la tristeza invade el cerebro (sin causas poderosas que lo justifiquen) es indudablemente porque existe algún desequilibrio nervioso.

IPERBIOTINA MALESCI

devolverá a sus nervios el vigor que les falta, fortificará el cerebro y equilibrará rápidamente todo su organismo.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

871, VIAMONTE, 871 — BUENOS AIRES



BUENOS AIRES, ENERO DE 1920.

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS


Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz
2.0
2.2
2.5
2.8
3.2
3.6
4.0
4.5
5.0